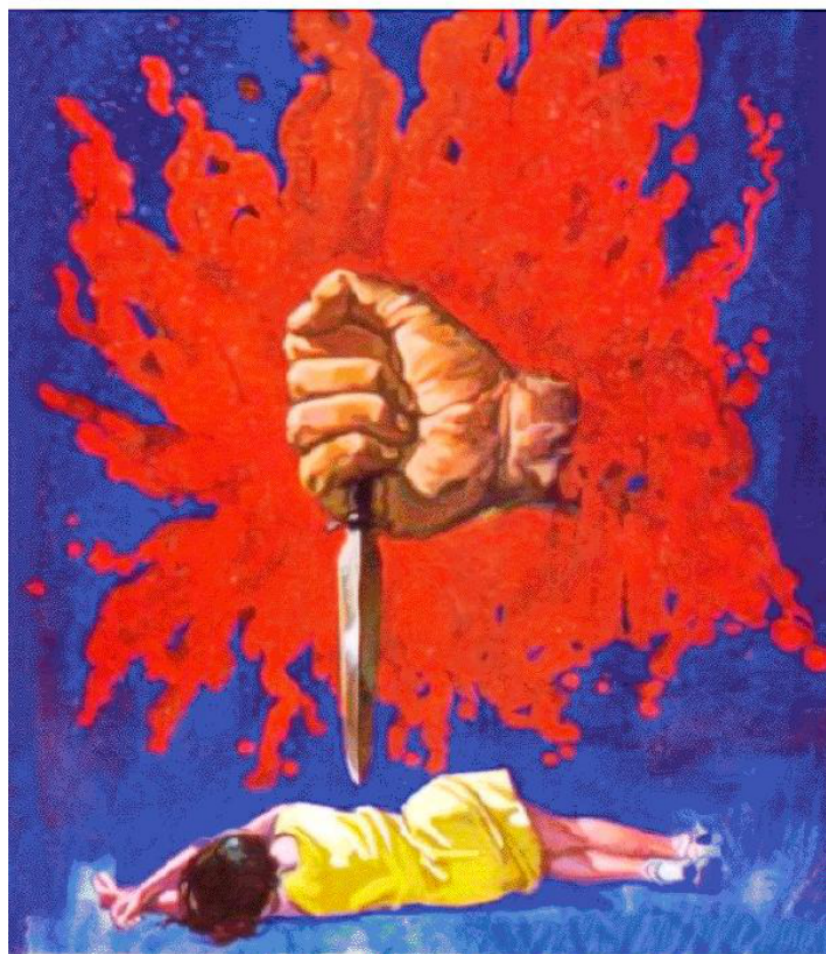


cantos de sirena y de muerte

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

BURTON HARE

CANTOS DE SIRENA Y DE MUERTE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 616
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 49.201 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1974

© BURTON HARE - 1974

texto

© JORGE SAMPERE- 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.211 — La noche del dragón.

En Colección PUNTO ROJO:

614 — El peso de la muerte.

CAPÍTULO PRIMERO

Se abrió la puerta y apareció una muchacha de largos cabellos rubios, ojos azules y sensual boca, húmeda y turgente.

—Hola —exclamó—. ¿Nos conocemos?

Él sacudió la cabeza.

—No, y es lamentable. ¿Puedo entrar?

—No estoy muy segura. ¿Qué es lo que quiere, o quién le envía?

—Nadie me envía.

—¿Entonces?

—Deseo hablar con usted.

Ella le miró como si acabara de oír una blasfemia.

—¿Hablar? —exclamó, perpleja—. ¿Qué clase de pájaro es usted? Le advierto que detesto a esos retorcidos que...

—Frene.

—¿Qué?

—Estoy buscando a una muchacha.

—Ya me encontró. Pero yo soy una chica un tanto especial. Pierdo muchas ocasiones porque nunca he aceptado esa clase de tipos.

—¿Qué clase de tipos?

—Ésos... ya sabe. Retorcidos como sacacorchos. O los contemplativos. Una vez vino uno que... Pero bueno, ¿por qué estoy charlando como una cotorra? Entre y veamos qué pasa.

Entró, mirando a su alrededor. Era un apartamento de lujo, diminuto, pero confortable, decorado con colores alegres y vivaces.

Ella cerró la puerta y se quedó apoyada contra ella.

—Debiste llamar primero por teléfono —le reprochó—. Es arriesgado venir así...

—¿Usted es Vicky?

—Ése es mi nombre. ¿Y el suyo?

—Tony.

—Me gusta. El nombre quiero decir. Lo demás... está por ver.

Ella llevaba un corto *Short* blanco y una diminuta blusita anudada sobre el estómago. Su piel era dorada y tersa. No cabía ninguna duda respecto a que bajo aquellas dos prendas no llevaba nada más. Tenía un hermoso cuerpo, largas piernas y sus senos erectos no necesitaban ayuda alguna para mantener endiabladamente tersa la seda de la blusa.

—Ponte cómodo. ¿Qué quieres beber? Tengo *whisky* escocés, pero si prefieres *ray* puedo descorchar una botella. Y quítate la chaqueta, niño, hace un calor apestoso. Cuando has llamado a la puerta estaba completamente desnuda.

—Vaya. Debí mirar primero por el ojo de la cerradura.

—¿Para qué tanto trabajo?

Empezó a deshacer el nudo de la blusa. Casi lo había logrado cuando Tony sonrió.

—No sigas, primor.

—¿Qué dices?

—Así está bien. Sólo quiero hablar contigo respecto a la muchacha que ando buscando.

Ella empezó a preocuparse seriamente.

—¿Sólo viniste aquí para hablar?

—Exacto.

—Hijo, eres la mar de raro, ¿sabes?

—Tal vez. ¿Qué de un buen *whisky*?

—Si sólo quieres hablar imagino que no veré un centavo, y el *whisky* cuesta dinero. Es una inversión comercial en mi caso. ¿A quién demonio andas buscando concretamente?

No había vuelto a anudarse la blusa. Fue a sentarse y la seda se abrió de par en par.

Sin la menor duda, no necesitaba artilugios para que sus senos fueran firmes y agresivos.

—Vas a resfriarte.

Ella bajó la mirada. Sin excesivas prisas se anudó de nuevo la blusita y rezongó:

—Empiezo a pensar que tú eres peor que esos contemplativos de que hablaba antes.

—La chica que busco se llama Verónica Lessing.

—¿Y vienes a buscarla aquí?

—Alguien me dijo que tú la conocías.

Vicky arrugó el ceño. Su alarma creció.

—Es la primera vez que oigo ese nombre, de veras. No comprendo nada. Escucha, querido, si estás dando rodeos para acabar en lo normal, olvídalo. Deja las inhibiciones de lado conmigo.

Él sacó un paquete de cigarrillos y fue a sentarse a su lado, en el inmenso diván que hacía las veces de cama. Encendió uno y ella se lo quitó de la boca. Prendió fuego a otro y dijo:

—Sigues sin entender. Eres una preciosidad, tienes un cuerpo soberbio y todo lo demás, pero yo sólo quiero hablar contigo.

—¿De veras no has venido para acostarte conmigo?

—Hablar —repitió Tony, riendo.

—Pues, hijo, eres la mar de raro, de veras.

—Eso ya lo dijiste antes. ¿Qué puedes decirme de Verónica Lessing?

Le mostró una fotografía. Correspondía a una muchacha de unos veinte años, corto cabello negro y rostro ovalado y suave, de ojos tan negros como el cabello.

—¿Y ésa es Verónica Lessing? —exclamó—. Tú estás chiflado, niño. Ésta es Nancy Silk.

Él suspiró.

—Ya ves como la conoces, aunque se haya cambiado el nombre. ¿Dónde está, dónde puedo encontrarla?

—Ahí es donde me has pillado. No lo sé. Hace más de un año que no sé una palabra de ella.

—Pero tendrás alguna idea... me dijeron que vivió en un apartamento que compartía contigo. Si se marchó, algo te diría.

Vicky frunció el ceño. Volvió a jugar con el nudo de su blusa.

—No —murmuró—. Reñimos y se fue enfurecida contra mí. No me dijo ni media palabra del lugar a donde iba, pero desde entonces no volví a verla.

Tony expelió el humo con fuerza, disgustado.

—¿Quién podría saber algo de ella, tienes idea?

—Ni la más remota. Y ya es hora de que haga yo algunas preguntas, para variar. ¿Sí? Por ejemplo, ¿quién demonios eres, un poli?

—Detective privado.

—¡No me digas! La eterna historia. Apuesto que me sales con que alguien la ha dejado heredera de una fortuna y por eso andas buscándola.

De nuevo, Tony se rió, divertido por el desparpajo de la muchacha.

—Todavía no ha heredado, no mates al viejo antes de tiempo. En serio, linda, necesito encontrarla. Hay dinero en grande para mí si lo consigo.

—No me cuentes tu vida. Sólo dime quién quiere encontrarla.

—Mi cliente.

—¿Y quién es tu cliente?

—El que paga mis gastos.

Vicky soltó un bufido.

—En otras palabras, no quieres soltar prenda.

—Me pagan para hacer preguntas, no para responderlas.

—Claro, claro... como en la «tele».

Él aplastó el cigarrillo, riéndose entre dientes.

—Eres un encanto, Vicky. Tal vez pudieras ganar algo si me dieras una sola pista.

La muchacha sacudió la cabeza.

—Adoro el dinero, pero mi modo de ganarlo no es charlando precisamente. No sé dónde está ahora Nancy. Es así de sencillo.

—Quizá, si en tu círculo hicieras algunas averiguaciones...

—¿De qué clase?

—Bueno, este... si ella sigue en... digamos en este negocio, con su número de teléfono y todo lo demás, alguien deberá saberlo. ¿Quién, Vicky?

—Te repito que no lo sé, a menos que la hayan enganchado en alguna pandilla de cerdos.

—¿Pandilla de...?

—¡Cerdos! Esa carroña que cobran un porcentaje por los tipos que le mandan a una. Claro que conmigo... van fritos. Y Nancy tampoco era de éstas. No, no creo que a ella pudieran engancharla. De modo que o bien es «independiente» como yo, o está en algún estudio y...

—Más espacio, encanto. ¿Te refieres a alguna «casa»?

Ella sacudió la cabeza.

—En cierto modo... Áticos de lujo, con solárium, saunas, baños y todo lo demás. Ahí puede que Nancy fuera a parar. Recuerdo que alguna vez habló de eso.

—Intenta averiguarlo para mí y te ganarás algo.

—Mi tarifa son cien dólares, preguntón.

—¿Cien pavos? Pero...

—Cien redondos. ¿Qué clase de clientes crees que tengo, morralla?

—Bien, acepto la tarifa. Sean cien dólares.

Ella sonrió. Los dientes, blanquísimos, destellaron entre el rosa tenue de los labios.

—Quítate la chaqueta... prepararé unos tragos.

Se levantó. Sus movimientos eran sinuosos, destacando cada recóndito encanto de su cuerpo.

Él la atajó de nuevo:

—Aceptó el *whisky*, pero tendrás los cien dólares por tus informes, por nada más.

Se revolvió. Ahora estaba casi furiosa.

—Pero ¿qué te pasa a ti? Tienes hombros anchos, soberbios, aspecto sano y eres joven y fuerte. ¿Qué es lo que te va mal? O quizá no soy tu tipo. ¿Cómo te gustan a ti las mujeres? A menos que no te gusten de ninguna clase, claro.

—Estás descarrilando. Tú me gustas. Mucho.

—¿Entonces?

—Éste es un trabajo, nena.

—¡Toma, claro! ¿Qué crees que es para mí, un festival? Un trabajo y nada más que eso.

—Entonces, varía tus costumbres por una vez y trata de averiguar algo de Verónica. O Nancy, tal como tú la conocía. Si lo consigues te habrás ganado cien dólares.

Ella le observó con sus profundos ojos entrecerrados.

—Me pregunto qué pasa contigo —murmuró—. Y estoy segura que con un poco de tiempo y de... «persuasión», acabarías cayendo en barrena. Como todos, claro.

—No tendrías que insistir mucho si yo no estuviera metido en un lío con el trabajo, primor. Pero he de encontrar a esa chica en cuestión de horas o pierdo un buen puñado de billetes. Así que muévete y tendrás los cien dólares sin necesidad de decirle a ningún

baboso cuánto le quieres y lo viril que es haciéndote el amor.

—Tú no eres ningún baboso.

Él rió, levantándose. Estaba ante ella, sonriendo aún. La muchacha hizo un mohín y aceptó.

—Conforme —dijo—. Veré qué puedo saber de Nancy. ¿Dónde te llamo?

—Yo te telefonearé.

—Hazlo. Y no vuelvas a venir sin llamar antes, ¿sabes? Me expongo a que te presentes y estropees algo bueno.

—Lo recordaré.

Tendió la mano y tiró de uno de los extremos del lazo de la blusa.

—Habrá otras ocasiones —dijo, cuando la blusita se abrió como unos brazos que quisieran apresarle.

—¡Muérete!

Cerró la puerta al salir y se detuvo un instante en el pasillo para encender un cigarrillo.

De cualquier modo, poco había adelantado.

Excepto en la contemplación de una bellísima mujer, claro.

Pero para eso nadie le pagaba buen dinero.

CAPÍTULO II

El hombrecillo parecía viejo de mil años, acurrucado en su silla de ruedas con las rodillas cubiertas por una manta de discretos colores.

El calor bochornoso del día dejaba paso a una ligera brisa que penetraba por el ventanal abierto, más allá del cual se extendía como una alfombra verde el césped inmaculado del inmenso parque de la residencia.

—Puede fumar si quiere, Kazan —murmuró el anciano—. No me molesta el humo... lo que me molesta es no poder fumar yo.

Tony cabeceó y encendió un cigarrillo.

Allí estaba. Thomas Lessing, la leyenda. El hombre que había levantado un imperio de un poderío industrial que dominaba las finanzas del país hasta el extremo de que el gobierno se estremecía cuando él estornudaba.

—¿Y bien?

Su voz era apenas un murmullo ronco.

Había reporteros en la ciudad que hubieran pagado hasta diez mil dólares por estar ahora en su lugar y poder sacar una fotografía del misterioso anciano. Desde hacía más de veinte años, nunca nadie había obtenido una sola placa de él, ni siquiera logrado entrevistarle.

—Llegué hasta una muchacha que compartió un apartamento con Verónica, hace más de un año.

—¿Qué clase de muchacha?

—Bueno...

—Al grano, Kazan.

—Una *call-girl*. Una dama de postín, si puedo expresarlo así.

El viejo se estremeció.

—¿Cree usted que Verónica haya sido lo mismo que ella?

—Quizá aún siga siéndolo.

—Claro... quizá aún siga siéndolo. ¡Dios mío!

—Mañana sabré algo más al respecto.

—Dese prisa, muchacho. No me queda mucho tiempo ya.

—Usted no puede predecir el futuro.

—Yo lo puedo todo. Encuéntrela, Kazan. Pronto. He sido un viejo carcamal al esperar tanto tiempo... pero sentía odio hacia ella. Fue lo único hermoso que hubo en mi vida y no supe comprenderlo hasta que era demasiado tarde... Los hombres cometemos los más estúpidos errores de todos los seres de la Creación. Encuéntrela — repitió.

—Estoy haciendo cuanto puedo, señor Lessing.

—Sí, claro. Sé que lo está haciendo. Es usted un hombre de los que a mí me gustan. ¿Cuándo volverá a verme...?

—Tan pronto tenga algo más concreto que decirle.

—Está bien. ¿Necesita más dinero?

—No por el momento.

Apagó el cigarrillo en un hermoso cenicero de bronce. Se disponía a marcharse cuando el anciano aleteó con la mano, llamándole.

—¿Tiene algo más que decirme, señor?

—Sólo una cosa, Kazan...

—Adelante. Estoy trabajando para usted.

—De eso se trata, precisamente.

—No comprendo.

—Está trabajando para mí. No informe a nadie más.

—Sigo sin comprender.

—Ni a mi hijo, ni a su mujer ni mi nieta... a nadie.

—Oh, eso. Por supuesto que no. Ni siquiera les conozco.

—Les conocerá, y eso es lo que me preocupa.

—Olvídelo. ¿Saben ellos lo que me encargó?

—Sí.

—¿Se lo dijo usted?

El viejo movió la cabeza.

—Por supuesto que no. Pero lo saben. Ellos siempre lo saben todo con respecto a mí. Me vigilan, me espían, como una bandada de buitres planeando sobre la carroña. Sólo esperan que yo reviente para despedazarme. Por eso quiero que encuentre a Verónica cuanto antes... antes de que ellos se repartan mis pedazos.

—Creo que exagera usted, señor Lessing. No pueden saber lo que yo estoy haciendo si usted no se lo dijo.

—Lo saben... Le digo que me espían continuamente. Si yo no estuviera amarrado a esta maldita silla de ruedas todo volvería a ser como antes. Pero ahora, ya ve. Le digo que están enterados de todo.

Tony miró a su alrededor, perplejo. La estancia era una biblioteca de regulares dimensiones. Había estanterías con libros, dos alargadas mesas de trabajo y una mesilla ratona junto al anciano que contenía una jarra de agua y algunas medicinas.

Butacones y sillas estaban esparcidas alrededor y una inmensa lámpara de cristal colgaba del techo. Aparte esa, había otras en las mesas de pie junto a la mesita de los medicamentos.

—Me pregunto —murmuró como si hablara para sí—, cómo han podido averiguarlo...

—Nunca lo he comprendido —rezongó el millonario— pero éstos son capaces de cualquier cosa, así que no deje que le sobornen, Kazan. Si le ofrecen dinero, yo doblaré cualquier cantidad con tal de que sólo me informe a mí.

—Por ese lado puede estar absolutamente tranquilo. Sin embargo...

Se acercó a la lámpara de pie y la revisó pulgada a pulgada.

El viejo gruñó:

—¿Qué diablos está haciendo?

—Espere...

Se apartó de la lámpara y empezó con la mesita. Estaba casi metido bajo ella cuando lo encontró.

No era mayor que un botón de chaleco. Lo desprendió, apretándolo fuertemente entre sus dedos.

—¿Qué diablos es eso? —tartajeó el anciano.

—Un micrófono autónomo. Siendo tan diminuto, su alcance es muy limitado, pero no necesita cables ni nada comprometedor. Así podían saber lo que usted hablaba.

—¡Los malditos! Haré que...

—No levante la voz, puede haber algún otro.

Se guardó el diminuto artilugio en el bolsillo y comentó:

—Tenía que estar cerca de usted, porque su voz es apenas un murmullo. O la lámpara, o la mesa o el propio sillón. De haberlo instalado en lugares más seguros no habría captado su débil voz.

—¡Condenados rastreros... cuervos despreciables!

—Tranquilícese. Sabe que puede confiar en mí, señor Lessing.

Los ojos acuosos del viejo le miraron larga y fijamente. Era una mirada de perro agradecido que nada tenía que ver ya con la del águila de los negocios, la del hombre que con audacia, un valor sin límites y un trabajo inmenso había sabido elevarse hasta una solitaria cumbre partiendo de lo más bajo.

—Gracias, muchacho... no lo olvidaré. Y ahora, váyase, estoy cansado... ahora siempre estoy cansado. Uno debería morir antes de llegar a viejo...

—Volveré a verle.

Salió de la estancia y cerró la puerta. De alguna parte sombría del interior surgió el mayordomo. Era casi tan viejo como su amo, sólo que se conservaba erguido y soportaba el paso del tiempo luchando contra él a brazo partido.

—Le acompañaré a la salida, señor —murmuró.

—¿Siempre aparece usted como un fantasma? Me dio un susto.

El mayordomo sonrió, mirándole.

—Señor, estoy seguro de que usted no se asusta tan fácilmente... Por aquí, señor.

Le siguió por la inmensidad de la residencia hasta la puerta principal. El vestíbulo era de ingentes proporciones, decorado con severa elegancia.

Cerca de la puerta aguardaba un individuo de unos cuarenta y cinco años, alto, delgado, con las sienes grises y un aspecto tan impecable como un diplomático en acto de servicio.

—Yo acompañaré, al señor Kazan, Morrison —dijo.

El mayordomo asintió, dio media vuelta y desapareció.

Tony encendió un cigarrillo y se detuvo en la puerta, tendiendo la mirada por el asombroso jardín que se extendía ante su vista.

—Deseaba hablar con usted, Kazan.

—¿De veras?

—Me llamo Nattan Lessing. Soy hijo del viejo.

—Lo imaginé en cuanto lo vi.

—¿Cuánto le paga él?

—Vaya y pregúnteselo.

—Se lo pregunto a usted.

Su voz era suave, educada, pero contenía una carga de energía

latente que delataba su carácter.

—Trabajo para su padre, señor Lessing. Eso debería bastarle.

—Está bien, siga trabajando para él, pero del modo que yo le diré. Cobrará lo que hayan estipulado, más cien dólares diarios que le pagaré yo.

—¿Cien diarios por hacer qué?

—Nada.

—Ya veo.

—Dele largas, dígame que no puede encontrarla todavía... Lo que quiera. No importa que usted siga cobrando mucho tiempo. Sólo manténgalo ilusionado, pero sin buscar a esa prostituta.

Tony Kazan le observó con el ceño fruncido.

—Eso es un trabajo muy sucio, señor Lessing.

—Depende.

—Y yo no trabajo así —prosiguió—. Si aceptara me sentiría muy mal cada vez que me mirase al espejo.

—Pamplinas. Todo el mundo ama el dinero.

—Seguro. ¿Eso es todo lo que tenía que decirme?

—Piénselo.

Él asintió, dio un paso hacia fuera y entonces se detuvo.

—Olvidaba algo... Al parecer está usted muy bien enterado de lo que hemos hablado su padre y yo, incluso de que posiblemente Verónica sea o haya sido una prostituta. Eso no se ha insinuado hasta hace unos minutos. Lamento haberle estropeado la cosa.

—¿De qué habla?

Tony sacó el diminuto micrófono del bolsillo.

—De esto —gruñó—. Un micrófono espía. La próxima vez busquen un lugar más ingenioso donde ocultarlo.

Perplejo, el hombre tendió la mano para tomar el diminuto ingenio. El detective abrió los dedos y lo dejó caer al suelo como por descuido.

Instintivamente, Nattan Lessing se agachó para recogerlo.

El pie de Tony fue más rápido. Cayó sobre el micrófono, apretó y sonó un seco chasquido cuando el ingenio electrónico se hizo pedazos.

—Lo siento —dijo, con evidente sarcasmo.

Se apartó mientras el hijo del millonario se incorporaba poco a poco, lleno de ira. Luego, salió al exterior respirando a pleno

pulmón el suave aire perfumado del crepúsculo.

Puso en marcha su brillante convertible y oyendo chirriar la grava bajo los neumáticos condujo con cuidado hacia la lejana verja de salida, que se cerró tras él movida por el mecanismo electrónico.

Estaba seguro que los ansiosos familiares del anciano tendrían mucho en qué pensar esa noche.

CAPÍTULO III

Por el teléfono oyó la alegre voz de Vicky.

—¿Quién habla? Soy Vicky.

—¿Todavía llevas esa endiablada blusita, encanto?

—¡Tú!

—Tony.

—Acabo de quitármela —rió la muchacha—. Iba a vestirme para salir, así que ahora no llevo nada puesto.

—Debe ser todo un espectáculo, ¿eh?

—Lo es. ¿Vienes a verlo? Cien dólares nada más.

—Acabas de estropearlo todo. ¿Tienes algo para mí?

—Lo que tengo lo viste cuando estuviste aquí, búho.

—Me refiero a lo otro... informes.

Sonó una risita apagada, burlona.

—Sí —dijo después—, pero si esperas que lo suelte por teléfono, estás loco. Primero la pasta, niño.

—Claro, claro... ¿dónde te veo?

—Estoy en casa ahora.

—No me conviene. La otra vez estuve a punto de perder el timón.

—¿Y eso sería tan malo conmigo?

—Eres una ninfomaníaca. ¿Está bien el Golden?

—Dentro de una hora. Y trae el dinero contante y sonante.

Nunca admito cheques.

Él se echó a reír y colgó el teléfono.

Se metió bajo la ducha para despejarse del calor del día.

Acababa de vestirse cuando el teléfono escandalizó en la salita.

Encendió un cigarrillo antes de descolgarlo.

—Hable —gruñó.

—¿Kazan?

Era una voz de hombre, desconocida para él.

—Sí, Tony Kazan.

—Tengo un recado para usted.

—Bueno, suéltelo. Tengo prisa.

—Trabaja usted demasiado. Precisamente el recado que tengo se refiere a eso.

Él se puso rígido. Aquella voz tenía una calidad extraña, un matiz letal que le preocupó.

—Deje de trabajar para el viejo chivo. Desde ahora. Si no atiende este consejo yo no quisiera estar en su pellejo ni por un millón.

—Ya veo. Déjeme decirle algo, gran hombre.

—Adelante, yo no tengo ninguna prisa.

—Eso se debe a que es un holgazán. Escuche, suponiendo que yo abandonara, el señor Lessing contrataría a otro, y después a otro y así hasta el infinito. ¿Piensan ustedes asustarlos a todos?

—Algunos se venden barato, pero sé que usted no es de esta clase. He hecho algunas averiguaciones, ¿sabe? Así, que no lo olvide. Siga mi saludable consejo y con algo de suerte llegará a viejo.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Tony dejó el auricular poco a poco.

La cosa se ponía cada vez más interesante.

El Golden era un local exclusivo desde cuya terraza se dominaba una impresionante panorámica de la bahía con la guirnalda de brillantes luces del Golden Gate reflejándose en las aguas.

Llevaba diez minutos esperando sentado a una mesa cuando llegó Vicky, enfundada en un delicioso modelo veraniego que causaba sensación. Un profundo escote se hundía hasta casi la cintura y ella seguía sin llevar nada más debajo. Por lo demás, el vestido se ceñía tanto a su cuerpo que era como una segunda piel.

Sentándose, comentó:

—No sé qué les pasa a esos papanatas... parecía como si les fueran a caer los ojos al suelo.

—Ya deberías estar acostumbrada, preciosidad. Cualquier día provocarás un incendio y te pedirán daños y perjuicios.

La muchacha se echó a reír y recostándose en la silla, dijo:

—Estoy preocupada, búho.

—¿Tú?

—No pude olvidarte en toda la tarde.

—¿De veras?

Ella cabeceó.

—¿Y eso es malo? —rió el detective.

—En mi caso sí. Nunca pienso dos veces en un hombre, una vez he cobrado mi trabajo.

—Yo no te he pagado un centavo, todavía. Quizá es eso lo que te preocupa.

—Me gustaría... Nada, olvídalo. ¿Trajiste el dinero?

—Ajá. ¿Y los informes?

—No es nada definitivo, por supuesto, pero de cualquier modo es todo lo que he conseguido, así que suelta la pasta y luego te lo diré.

Él suspiró, sacando un fajo de billetes del que separó cien dólares. Disimuladamente los pasó a través de la mesa.

—Eres una mercenaria, primor —gruñó.

—¡Je! Me han llamado cosas peores. ¿Encargamos la cena?

—No olvides que ésta es una cita de negocios.

—Muchas citas empiezan así y terminan de otra manera. ¡Maldita sea, búho! No me explico por qué me gustas tanto, quizá porque no he podido seducirte hasta ahora.

—Si les hablas así a los hombres vas a tener muchos disgustos. ¿Qué tenías que decirme que valga cien dólares?

Ella suspiró resignadamente.

—Bueno, cuando se marchó se fue a vivir con otra chica... Una que se llama Eve Tryan. Eve está en un «estudio».

—¿Sabes cuál?

—Naturalmente.

—No pretenderás que te pague otros cien por decírmelo.

—Quiero que me invites a cenar.

—Muy bien, primor, estás resultando una sanguijuela...

Encargaron la cena. En la lejanía, las luces vivas de un gran buque se deslizaban bajo el Golden Gate, cabrilleando en la oscuridad como estrellas fugaces.

Después de cenar la muchacha aceptó un cigarrillo encendido y musitó:

—Tony... ¿Eres casado?

—¿Te importaría mucho que lo fuera?

—No lo sé. Hasta ahora no me había importado nunca en los hombres que conocía.

—Y ahora te preocupa, ¿eh?

—No sé...

—Volvamos al buen sendero.

Suspirando resignadamente, la muchacha, murmuró:

—Bueno, te has portado bien conmigo. Te llevaré a ese «estudio». Conozco a la dueña porque ha intentado varias veces convencerme de que trabaje para ella.

Después de abonar la cuenta astronómica, Tony siguió a la muchacha hasta el elevador para descender a la calle.

Anduvieron hacia donde él dejara el coche aparcado.

Cuando abrió la portezuela para que ella subiera, Vicky, dijo:

—No me dijiste si eras casado o no.

—Tienes ideas fijas... No, linda, nunca me casé hasta ahora. Con mi clase de trabajo ninguna mujer es lo bastante loca para casarse conmigo.

Condujo siguiendo las instrucciones de Vicky hasta un inmenso edificio que se alzaba como una aguja de acero y cristal con la cumbre hundiéndose en la neblina.

—¿Es ahí?

—Sí. Arriba. Durante el día las chicas están en el solárium.

—¿Y durante la noche?

—Ya lo verás.

Subieron en un veloz elevador hasta hallarse en un amplio rellano cubierto por una gruesa alfombra. Vicky pulsó un timbre y casi al instante la puerta se abrió...

Una muchacha de color, de soberbia figura y cabello ensortijado, les cedió el paso.

—Hola, querida... ¿Está Hallie visible esta noche?

—Naturalmente. Entra... ¿Quién es tu amigo?

—Te sorprenderías si lo supieras.

La negra tendió el cuello, empinándose sobre las puntas de los pies. Sus labios abultados y rojos presionaron los de Tony hasta que éste creyó que le habían aplicado un hierro al rojo.

—¡Diablo! —Gruñó—. ¿Es una bienvenida especial?

La morena sonrió.

—Cuídalo, Vicky —dijo.

Y les dejó solos.

Vicky estuvo riéndose por lo bajo unos instantes.

—Le gustas, Tony —comentó.

—Y ella a mí. Es una Venus de ébano.

—No te entusiasmes o me convertiré en racista. Vamos, sígueme.

Le llevó a través de un lujo increíble hasta un pequeño bar en el que flotaba una ligera y suave melodía. Había cinco o seis muchachas derrumbadas sobre amplios divanes. Cada una de ellas era suficiente para quitarle el aliento a cualquier hombre.

El bar era una especie de anfiteatro de cristal, al que se llegaba por unos escalones también de cristal opaco de los cuales brotaba la única luz de la gran estancia.

Hubo un murmullo cuando ellos lo atravesaron. Vicky saludó a las muchachas que conocía y después llamó a una puerta, que se abrió silenciosamente.

Tony se quedó boquiabierto ante la magnificencia de lo que estaba viendo.

La inmensa estancia tenía toda una pared de cristal, y desde ella, a través de la cristalera de una sola pieza, se contemplaba un panorama de la ciudad de noche. Parecía como si uno estuviera volando sobre los edificios, las luces, los chispeantes anuncios, el centelleante parpadear del tráfico...

—¡Vicky! Me alegra verte...

Tony, volviéndose, descubrió a la mujer sentada detrás de una mesa increíble.

Era semicircular, con la superficie de cristal negro.

Los muebles estaban tapizados de radiante cuero blanco y sus formas eran indefinibles.

Todo allí dentro daba la sensación de haberse metido uno en un planeta distinto.

—Hallie, quiero que conozcas a mi búho... Es un fisgón, pero le adoro.

—¿Fisgón?

—Quiere encontrar a una chica.

—¿No tiene suficiente contigo? Si es así, aquí podemos solucionarle su problema.

—No le escandalices.

—Hablemos en serio aunque sólo sea por una vez —terció el

detective, apurado—. Me pregunto si me he metido en un manicomio desde que conozco a Vicky.

—Es una gran chica —comentó Hallie. Y añadió—. Tiene un gran porvenir.

—¿De veras?

Hallie era una mujer que rondaría los cuarenta años, pero en consonancia con el ambiente, y las otras mujeres que lo poblaban, tenía una belleza espectacular, soberbia, que ella sabía realzar en cada pulgada de su anatomía.

El rostro, de piel dorada por el sol y facciones cuidadísimas, lucía unos ojos que en cierto modo parecían estropear el conjunto, por cuanto eran fríos y calculadores.

—¿Tienes aquí una chica llamada Eve Tryan? —preguntó de pronto Vicky.

La dueña del negocio hizo una mueca desagradable.

—¿Eve? No, desde luego que no.

—Sin embargo, una chica me dijo esta misma tarde que...

—La despedí a puntapiés hace casi un año. Debí haberla arrojado por la terraza... ¡Estúpida!

—¿Sabes dónde está ahora?

—¿Es a ella a quien quieres encontrar?

—No, pero sí a la chica que comparte su apartamento.

—Tendrás que ensuciarte la nariz si quieres hallar a esa piltrafa.

Tony arrugó el ceño.

—¿Por qué dice eso, señora?

—Porque todo el mundo sabe que se ha ensuciado cada vez más.

Vicky gruñó algo incomprensible entre dientes.

—¿Drogadicta? —murmuró.

—Y de qué clase... Ya me conoces, hijita. Yo no soporto la ordinariez, y mucho menos las que son lo bastante estúpidas como para entregarse a la droga.

—¿Dónde...?

—Habrás de buscarla en la calle Flanagan. Ya sabes... ese pudridero. Tiene un cuchitril en el número diez, creo.

Vicky se estremeció, visiblemente impresionada.

—¿Tan mal está? —musitó.

—Lo verás por ti misma si insistes en encontrarla...

—Yo no iré —dijo la muchacha—. Eso es cosa tuya, búho.

Tony se acercó a la impresionante mujer que saboreaba un largo cigarrillo al otro lado de la gran mesa. Sacó la fotografía de Verónica Lessing y se la mostró.

—Y a esta chica, ¿la ha conocido alguna vez?

—No... tiene clase, querido. Mucha clase. Yo entiendo de eso. ¿Quién es?

—«Fue» una dama.

—Con esa cara, y esa mirada, apuesto que de algún modo sigue siéndolo. ¿Eso es todo?

—Le quedo muy agradecido, señora.

—No me llames señora, querido. Haces que me sienta vieja de mil años.

Se levantó para besar a Vicky y con voz suave le susurró:

—Cuando quieras ésta es tu casa, cariño.

Vicky sacudió la cabeza.

—Soy un pájaro libre, ya lo sabes.

Cuando se hallaron de nuevo en la calle. Tony exclamó:

—¡Increíble!

—Y no has visto ni la mitad... La piscina, las saunas, las terrazas... y el resto de las muchachas.

—Es impresionante, desde luego. ¿Adónde quieres que te lleve, linda?

—A casa, por supuesto. No esperes que te acompañe al estercolero.

—Claro, claro...

Condujo a buena velocidad hasta el domicilio de Vicky. Detuvo el coche junto a la acera y apagó las luces.

—Volveré a verte un día de éstos, linda —aseguró.

Ella le miró con sus grandes ojos, profundos y aterciopelados en la penumbra.

—¿Prometido?

—Palabra de honor —rió el detective.

Entonces ella le rodeó el cuello con sus brazos. Sus ojos siguieron fijos en él mientras le aproximaba el rostro más y más.

De pronto, él la besó y se le antojó un estallido. Creyó incluso que de un momento a otro iban a saltar chispas de sus labios unidos. Después, Vicky retrocedió poco a poco y se apeó del coche.

—No voy a cobrarte nada por este beso —susurró—. Adiós,

búho.

Se alejó y él sacudió la cabeza para aclarar sus ideas.

Cuando se alejó calle abajo a creciente velocidad, el sabor de la boca de la muchacha seguía inquietándole mucho más de lo que hubiera deseado.

CAPÍTULO IV

En todas las grandes ciudades del mundo existe un lugar por lo menos como la calle Flanagan.

Incluso puede que alguno sea peor, pero cuando Tony Kazan se sumergió en aquel vertedero estaba seguro que nada en la tierra podía superar tanta miseria, tanta derrota como la de los seres que habían llegado hasta allí arrojados, escalón tras escalón de la sociedad, hasta tocar fondo.

Bares y tabernas se sucedían una puerta sí y otra también. Donde no había una taberna o un bar, había la sombría entrada de un sótano convertido en *botte*, club, cueva o salón de baile, de la mayoría de los cuales salía la apagada estridencia de la música.

Las aceras, pobladas de ruinas humanas de ambos sexos, apestaban debido a las miasmas que se desbordaban de las tabernas. Gritos, imprecaciones y risotadas competían con éxito con los tocadiscos automáticos puestos a todo volumen.

Tony se detuvo frente al número diez y encendió un cigarrillo. La casa tenía tres plantas y un millón de desconchados en la fachada que parecía amenazar ruina. Unos escalones descendían a los apartamentos del sótano.

Entró y llamó a la primera puerta que encontró en el zaguán.

Una eternidad más tarde, unos pasos lentos resonaron al otro lado.

—¿Quién?

—Abra.

—Estamos ocupados. Lárguese, sea quien sea.

—Busco a Eve Tryan.

—¡Búsquela en el infierno!

Les pasos se alejaron y hubo un murmullo de voces.

Aporreó la puerta con tanta fuerza que amenazó con echarla abajo.

Otros pasos se acercaron, esta vez más pesados. Una voz de hombre, ronca, sustituyó a la anterior.

—¡Te voy a...!

La puerta giró y un tipo corpulento apareció en el umbral.

Llevaba puestos los pantalones arrugados, eso era todo. Eso y su corpulencia y su rostro abotargado, rojizo y flácido como si fuera de gelatina.

—¡Maldito sea! ¿No puede ir a alborotar al infierno? —barbotó —. ¡Largo de aquí!

—Espere un minuto. Todo lo que...

El tipo le disparó la izquierda. Era un puño como un balón, y aunque no tenía la potencia que debió empujarlo en otros tiempos, no dejaba de ser peligroso.

Tony se ladeó, esquivando.

—Fue usted boxeador alguna vez, ¿eh? —rezongó—. Mire, no quiero líos. Sólo díganme en qué apartamento vive Eve y les dejaré seguir la fiesta en paz.

—Yo voy a darte a ti fiesta...

El individuo avanzó. Sus mortecinos ojos tenían un brillo opaco, extraño. El detective comprendió y sacudió la cabeza.

—Estás buscando dificultades, compañero —dijo.

Le largó la izquierda al hígado. Los restos de sus reflejos de otros tiempos hicieron que el hombre intentara cubrirse, pero entonces, la derecha de Tony zumbó hacia arriba y le cazó bajo el mentón con la potencia de una bomba.

El hombretón se elevó unas pulgadas del suelo, voló hacia atrás y quedó sentado en el suelo, sacudiendo la cabeza.

El detective entró acariciándose los nudillos.

Sentada en la cama, medio cubierta por unas sucias sábanas, una mujer de edad indefinida le miraba sin expresión.

—Ahora, dígame dónde vive la chica, y me largaré. Eve Tryan, ¿recuerda? O quizá está tan «dopada» que ni me entiende...

—En el sótano, puerco.

—Cuando diga esa palabra mírese al espejo, hermana.

Dio media vuelta y salió, dejando la puerta abierta. El hombretón continuaba sentado en el suelo, moviendo la cabeza pesadamente de un lado a otro cual si quisiera convencerse de que aún la conservaba sobre los hombros.

Tony descendió las escaleras que viera al llegar. Había dos puertas abajo, una a cada lado de un pequeño zaguán oscuro. Llamó primero en una y después en otra.

No obtuvo respuesta en ninguna de las dos.

Jurando entre dientes, regresó a la calle preguntándose dónde andaría la mujer que necesitaba encontrar.

También pensaba que si era allí donde Verónica compartía el apartamento con la tal Eve, no cabía duda que las cosas le habían rodado muy mal.

Recorrió tres o cuatro tabernas preguntando por la mujer, pero sin éxito.

Finalmente, un individuo con las cejas depiladas que empezaba a estar borracho, le dijo:

—Eve... ¿La morena del diez?

—Sí.

—Si yo fuera usted la buscaría en el Yellow Club, ¿sabe, querido?

Tony encendió un cigarrillo.

—Si tú fueras yo... Bueno, dejémoslo. Gracias por el informe.

—Vuelve por aquí... después.

Salí mascullando entre dientes.

Yellow Club era un agujero que de no haber apestado a estercolero hubiera podido confundirse con una sucursal del infierno.

El sótano apenas tenía luz suficiente para no estrellarse contra la nuca de alguien. Una música que rebotaba contra los tímpanos igual que martillazos saltaba entre las paredes llenándolo todo como si fuera una masa sólida, tan sólida como los restantes seres que se apretujaban en medio del local.

El detective miró en torno, aturdido por el estrépito, las risas, los gritos, la peste, la mugre... y el humo.

El humo era tan espeso que podía cogerse a puñados.

Y tenía el olor peculiar que delataba las aficiones de la joven clientela.

Se abrió paso a codazos hasta el fondo, donde una diminuta barra de color amarillo parecía dar nombre al local.

La muchacha que estaba al otro lado del mostrador le observó distraídamente. Tras examinarle, su mirada se animó un tanto.

Acodándose sobre el mostrador le ofreció una panorámica en tcnicolor y formato grande de su enorme escote.

—Hola —dijo—. No me buscarás a mí, imagino.

Él se tomó tiempo para apreciar todo lo que se le ofrecía.

—Eve —dijo al fin—. Eve Tryan. ¿La conoces?

—¿Y qué si la conozco?

—Necesito hablarle.

—¿Poli?

—¿Quién, yo?

—Polilla. Los huelo a una milla de distancia.

—Si eso es cierto, tienes el olfato hecho una ruina, primor.

Ella alargó la mano a través del mostrador y antes que él pudiera darse cuenta de lo que hacía había apoyado la palma más abajo de su axila izquierda, sobre el sólido bulto del revólver.

—¡Ajá! ¿Te parece que no tengo olfato? ¡Polilla! —repitió como si estuviera a punto de vomitar.

Él se sacudió aquella mano.

—¿Es que sólo los polizontes llevan un petardo? —Gruñó.

Eso le dio algo en qué pensar a la muchacha.

—Bueno, estuvo aquí —reconoció a regañadientes—. Buscaba a alguien que no encontré y se fue.

—¿Hace mucho tiempo?

—Como una hora.

—¿Sabes adónde se dirigió?

—Eve no necesita niñera... más bien creo que necesitaba otra cosa.

—Ya veo.

—Ahora no tienes ninguna prisa. Oye, ¿de veras no eres un maldito polilla?

—No.

—Entonces invítame... estoy aquí para algo más que para enseñar el escote a los babosos.

—Primero pides que te invite y después me llamas baboso. Tienes una técnica muy original, nena.

—¿Verdad que sí?

Se echó a reír y tomó dos vasos cuya limpieza, en aquella penumbra, resultaba más que dudosa. Los llenó hasta los bordes con el contenido de una botella inidentificable y levantó el suyo.

—Por ti —lo vació de un trago, se estremeció y tendió la mano, diciendo—. Dos con setenta, incluida la contemplación.

—Con esos precios vas a arruinarte.

Dejó tres dólares sobre el mostrador sin tocar el vaso lleno. Cuando se alejaba, la muchacha lo tomó, riéndose por lo bajo, y lo vació sin respirar.

En la calle, el hedor no era muy distinto del de la marihuana que había respirado allá abajo. Volvió atrás, en busca del número diez.

Ahora había una pareja en lo alto de la escalera. Estaban tan apretados que era difícil averiguar dónde terminaba uno y empezaba el otro.

Tony se detuvo porque le cerraban el paso.

—Pueden seguir con el combate un poco más allá —dijo.

Le miraron con asombro, como si tuviera tres ojos, o antenas sobre el cráneo.

—¿Qué te pasa, hermano? —rezongó la mujer.

—He de pasar, si no les importa.

—¿Buscas a alguien? Te advierto que...

—Abajo, Eve.

—Oh, esa... puerta de la derecha. Seguramente la encontrarás flotando.

Se deslizó por el resquicio que le dejaron entre ellos y la barandilla. Tras esto, siguieron con su trabajo.

Aporreó la puerta de la derecha sin que nadie respondiera tampoco. Tal vez la mujer estuviera bajo los efectos de lo que fuera que tomara, así que probó el tirador y la puerta se abrió de par en par.

El interior estaba tan negro como la tinta. Entró, preguntándose dónde estaría la luz, cuando el mundo estalló en su cráneo como una llamarada. Millares de lucecillas brillaron fugazmente ante sus ojos y después se apagaron todas de golpe.

La oscuridad del sótano pareció penetrar definitivamente dentro de su cerebro y antes que tocara el suelo con la cara estaba flotando en las regiones de la inconsciencia que bordean la muerte.

CAPÍTULO V

«Seguramente la encontrarás flotando...»

Esa frase le martilleó el cerebro cuando recobró el conocimiento y dio la luz.

Ciertamente, Eve Tryan estaba flotando, pero en un mar de sangre.

Incrédulo, Tony pensó si todavía estaría bajo los efectos embrutecedores del porrazo. No era posible que un ser humano hubiera hecho tamaña carnicería en una mujer.

Desnuda, tendida al lado de un lecho revuelto y sucio, la mujer parecía una trágica muñeca de trapo, de la que alguien se hubiera cansado y hecho pedazos antes de arrojarla a la basura.

Se apoyó en la pared porque aquella pocilga giraba alrededor como un tiovivo. Luego, dominando las náuseas, volvió a mirar.

Allí estaba. No era producto de ninguna pesadilla.

Salió al zaguán y miró a la calle. La pareja de marras, continuaban enzarzados en su guerra particular, allá arriba.

Sacudiendo la cabeza para despejarla, el detective subió los escasos peldaños.

—¡Eh, ustedes! —Gruñó.

La mujer soltó un momento la boca del hombre y le miró por encima del hombro.

—¿Otra vez usted? ¡Qué lata, hermano! ¿No la encontró o qué?

—Seguro que la encontré. Oigan, ¿han visto salir a alguien de aquí, hace unos minutos?

—No.

El tipo rezongó:

—Larguémonos, nena. Aquí no puede uno ni respirar.

—Ha salido un hombre, seguramente con muchas prisas.

—Le digo que no —retrucó la mujer, echando a andar al lado de su compañero y alejándose.

Tony les dedicó un par de invectivas muy poco piadosas. Con lo ocupados que estaban, no hubieran visto salir ni a un elefante, a menos de hacerles cosquillas en la nuca con la trompa.

Regresó abajo, temiendo enfrentarse con el sangriento escenario. Entró y buscó un teléfono. No había ninguno.

La sangre salpicaba por todas partes, como si el asesino hubiera actuado bajo el embate de un furor sin límites. Iba a ser un buen dolor de cabeza para la policía.

De lo que sí se convenció, fue que aquel cuchitril no lo compartía con nadie la desgraciada que ahora estaba muerta. De eso no cabía la menor duda, lo cual significaba que estaba otra vez como al principio.

Apagó la luz, cerró la puerta y salió cautelosamente. Los ruidos de la calle llenaban la pesada atmósfera de noche.

Tony Kazan permaneció unos instantes inmóvil en el zaguán, reflexionando sobre la pareja a los que había estropeado la fiesta allá arriba y en otras cosas.

Al fin subió ruidosamente las escaleras, sólo que al llegar arriba, se detuvo en la acera y volvió atrás pisando como un gato.

Aguardó un tiempo interminable, envuelto en la penumbra, tenso, impaciente.

No sucedió nada en todo el tiempo.

Volvió a descender y aporreó la puerta izquierda. Nadie replicó, y cuando probó el tirador la puerta giró mostrando otro interior oscuro.

Esta vez adoptó algunas precauciones antes de encender la luz, pero no ocurrió nada. Era un sótano semejante al de Eve Tryan, excepto que en éste no había ningún cadáver.

Ni ningún asesino.

Había tenido la idea de que el criminal pudo refugiarse allí después de golpearle y ver a la pareja en la escalera, pero allí no había nadie.

Lo que sí encontró fue un teléfono, desde el que llamó a la policía, dando cuenta del sangriento asesinato de la mujer.

Tras esto, sintiendo que le daba vueltas la cabeza, salió a las escaleras, encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar.

El sargento Desmond escupió por un lado de la boca y salió del sótano, reuniéndose con Tony en lo alto de las escaleras.

Empujó el sudado sombrero hacia la nuca y sentándose a su lado gruñó:

—Cuénteme toda la historia, Kazan. ¿Dijo que se llamaba así?

—Exacto. Pero ya le he contado todo lo que yo sé de este crimen.

—Todo no —dio una mala mirada a la gente que se apelotonaba en la calle, contenida por los guardias y añadió—: Olvidó decirme qué demonios buscaba usted en este vertedero. No me dirá que estaba enamorado de esa ruina que han descuartizado allá abajo...

—No, pero pensaba que ella podría indicarme el paradero de otra muchacha.

—¿Qué muchacha?

—Se llama Verónica.

—¿Y...?

—Eso es todo. Me pagan por encontrarla.

—Mire, Kazan; éste es un caso de asesinato. No me salga con el secreto profesional y todas esas zarandajas. ¿Quién le paga?

—El padre de la chica.

—¡Qué cosas! Y qué explícito es usted —se lamentó con sarcasmo—. ¿Tiene un nombre el padre de la chica que usted busca?

—Por ahora no.

—Se va a encontrar con muchas dificultades si no colabora con la policía, amigo.

—Lo sé.

Desmond le miró por el rabillo del ojo.

—¿Qué le pasa a usted? Parece como si acabara de perder a un amado pariente. Esa fulana no era más que una buscona empapada de heroína...

—No me gusta lo que le han hecho. Es... nauseabundo, salvaje. Era una desgraciada. Y era el único eslabón que yo tenía para mi trabajo.

—Es usted un sentimental, ¿eh?

Tony se encogió de hombros, levantándose.

—¡Llámeme si me necesita!

El sargento estuvo tentado de obligarle a hablar un poco más, pero pensándolo mejor decidió dejar que el detective hiciera su trabajo sin interferencias. Cuando llegase el momento...

Tony anduvo cabizbajo por la acera, amargado y furioso.

Al llegar a la esquina, una mano se posó sobre su brazo y cuando se volvió, creyendo que se trataba de cualquiera de las muchas ruinas que esperaban su oportunidad de la noche, se encontró mirando la cara pintarrajeada y el enorme escote de la muchacha del Yellow Club.

—Hola —gruñó—. ¿Has abandonado tu negocio?

—Ven.

Tiró de él hacia la oscuridad del callejón que se abría a la izquierda. Allí, apenas podía ver la cara de su inesperada compañera.

—¿Qué te pasa, nena?

—Salí cuando llegó la policía. ¿Es cierto lo que cuenta la gente?

—No sé qué cuentan, pero lo que sí es cierto es que han asesinado a Eve Tryan... y de un modo muy sucio.

La mano se crispó sobre su brazo.

—¡El muy perro!

Él se puso rígido.

—¿Quieres decir que sabes quién lo ha hecho?

—¿Saberlo? Estoy segura... ¡Puerco!

—Vayamos por partes...

—Ven —repitió ella.

Le tomó de la mano y le guió en la oscuridad. Mientras caminaban murmuró:

—Ahora sí creo que no eres un polizonte, pero estás en buenas relaciones con ellos, ¿no es cierto?

—Soy detective privado.

—Debí suponerlo. Después de todo, no tengo tan buen olfato, ¿no te parece?

—Dime adónde vamos...

—Me llamo Susan. Todos me llaman Susy. Aquí... cuidado, hay unos peldaños a la entrada.

Tony se encontró en un revuelto apartamento en el que había una confusión increíble. Cuadros en el suelo, prendas de ropa colgando hasta de la lámpara, una cocina sobre la que se sostenía en difícil equilibrio un búcaro antiguo del que sobresalían unas marchitas flores.

Un gran lecho de hierro sólo con el colchón ocupaba un rincón

de aquella leonera, y todo ello revuelto con diarios y revistas en una profusión asombrosa.

—Vivo aquí, ¿sabes? —rió la muchacha—. Ponte cómodo.

—¿Dónde? —Gruñó—. ¿Es que no usas sillas?

—¿Para qué teniendo la cama? Siéntate en ella...

Lo hizo y encendió un cigarrillo. La muchacha comenzó a revolver entre las telas que se apilaban en todas partes.

Él indagó:

—¿Las pintas tú?

—¿Yo? No seas idiota. No tengo talento para pintar. No, es Johnny quien lo tiene. ¿Te gustan?

—Maldito si entiendo nada de pintura.

Eran cuadros de un estilo indefinible, atormentados e inquietantes. Pero que en cierto modo tenían una calidad viva y palpitante que le preocupaba a uno.

—Aquí está —exclamó Susy.

Giró con un cuadro de regulares dimensiones en la mano. Colocándose ante la cama, lo apoyó en la cocina y dijo:

—Míralo.

Era el busto de un hombre que hizo dar un respingo al detective.

La cara cetrina, chupada, de ojos mortecinos, pero en los que parecía palpar un fuego oculto y terrible. Los labios eran delgados y crueles, con las comisuras caídas hacia abajo. Aquella cara macilenta destacaba de un fondo oscuro y burbujeante, como la pesadilla de un.

—Un drogadicto —gruñó—. ¿Es eso lo que quieres que vea?

Ella asintió, pero añadió:

—Es una bestia cuando no tiene lo que necesita... pero Johnny dice que es la cara más dramáticamente interesante que ha visto nunca.

—Por supuesto, produce escalofríos. Pero sigo sin comprender qué tiene que ver ese tipo con...

—¿No te das cuenta? Él la ha matado. Se llama Tom Gorresio.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Esta noche estaba como loco. Buscaba a Eve para que le facilitara una dosis. No tenía un centavo, de modo que necesitaba que ella le diera algo, como hacía muchas veces. Hubo un tiempo que Gorresio fue el amor de Eve.

—Entiendo. ¿Cuándo le viste por última vez?

—Poco después de que Eve estuviera en el Yellow. Él la buscaba desesperadamente.

—Pero tú me dijiste que quién buscaba a alguien era Eve.

—Ella andaba detrás de su hombre.

—¿Dónde puedo encontrar a Gorresio, lo sabes?

Ella se encogió de hombros.

—Cualquiera le echa la vista encima después de lo que ha hecho... Si ha podido apoderarse de algunas dosis ahora estará eufórico, huyendo. De lo contrario... Bueno, puede estar tirado en cualquier rincón de los muelles.

Tony grabó en su mente aquella cara inquietante. Luego murmuró:

—¿Por qué me lo has dicho, Susy?

—No creas que suelo dar chivatazos así... por deporte. Pero Eve era una pobre chica que no merecía nada de esto.

—¿Y por qué no se lo dices a la policía?

Ella escupió al suelo despectivamente.

—¡Alto ahí, querido! Si por mí fuera todos los policías podrían ahorcarse. Yo les pagaría la sogá.

Él esbozó una sonrisa.

—Ya veo...

Ella dio vistazo al cuadro y cuando se disponían a salir alguien abrió la puerta y exclamó:

—¿Estás ahí, Susy?

—¡Johnny!

Kazan vio a un muchacho muy joven, con una endiablada melena revuelta, cara de niño y ojos brillantes e inteligentes. Sus facciones eran afiladas, de mentón firme. Llevaba una especie de collar en torno al cuello del que colgaba una diminuta calavera de plata.

El joven pintor arrugó el ceño, examinando al visitante de arriba abajo.

—¡Cuernos! —masculló—. ¿Qué hace ese figurín aquí, Susy?

—Yo lo he traído.

Involuntariamente, Johnny dio un fugaz vistazo a la cama.

—No desbarres —dijo Susy, riendo—. Es demasiado viejo para mí.

Tony estuvo a punto de sentirse acomplejado. Rió y dijo señalando el cuadro.

—Es muy bueno, amigo.

—¿Piensa comprarlo?

—No tendría donde colgarlo. Vivo en un apartamento del hotel Plaza.

—¿Entonces...?

Susy avanzó hacia el muchacho y le rodeó la cintura con sus brazos desnudos.

—¿Has oído lo que han hecho con Eve?

—¡Ya lo creo! Toda la calle anda revuelta, con polizontes por todas partes... ¡Eh, cuernos! ¿Es un polizonte?

—Privado.

—¡Susy! ¿Qué diablos ocurre aquí?

Ella le besó en la comisura de la boca.

—Gorresio lo hizo, Johnny... y Eve era una buena chica. Quiero que lo pague.

Perplejo, el pintor masculló:

—¿Gorresio? No es posible...

—Seguro. La andaba buscando. Estaba igual que loco, y no es necesario que te diga por qué.

—Te digo que no es posible. Gorresio está tirado como un fardo en el Regent Street, bajo la plataforma de carga. Acabo de verlo.

—¿Dónde dijo que está? —rezongó Tony, dirigiéndose a la puerta.

Los dos jóvenes titubearon. Susy volvió a apretar su boca contra los labios de Johnny y susurró:

—Guíale... ¿Lo harás, Johnny?

—Bueno, pero si Gorresio es inocente, usted le dejará en paz. ¿De acuerdo, polizonte?

—De acuerdo. Y no me llames polizonte si no te importa.

Susy soltó una risita. Les acompañó hasta la calle y cuando se alejaron cerró la puerta, encaminándose a su negocio.

Por el camino. Johnny gruñó:

—No sé por qué le guío a usted...

—Quizá porque Susy te lo ha pedido. O tal vez porque tú también crees, como ella, que Eve no merecía tan sucio final.

El pintor gruñó algo entre dientes, algo que Tony no entendió.

Luego dijo:

—Todos ustedes son iguales. Por el simple hecho de que uno no esté conforme con...

—Olvidalo. Personalmente, no tengo nada contra la juventud que profesa tus ideas. Es más, admiro su sinceridad y valor al enfrentarse al sistema establecido. Pero no me pidas que admire también a los hombres como ese Gorresio, haya matado o no a Eve Tryan.

—¿Entonces qué, hay que colgar a todos los Gorresio que hay en la calle Flanagan?

—Yo no he dicho eso, Johnny. Hay que compadecerlos y si ello fuera posible arrancarles de la droga.

—Es fácil hablar así.

—¿Tú, te drogas también?

—No. Me basta con mi pintura. Y hay muchos otros como yo, amigo. Y no hablemos más de eso... ni de otra cosa. Ahí, en ese tinglado, lo tiene usted.

Habían llegado a los muelles. Una alargada y sombría construcción se extendía hasta perderse en la oscuridad. Frente a ella, un muelle de carga formaba una especie de voladizo bajo el cual la negrura era impenetrable.

Tom Gorresio estaba tumbado junto a un pilar de cemento, igual que muerto.

Kazan se inclinó sobre él y le dio la vuelta. La cara que ya viera en el cuadro se le apareció entre luces y sombras, tétrica, patética en su infinita expresión de derrota.

Tras él, Johnny murmuró:

—No encontró su dosis... o tal vez encontró demasiada.

—Ayúdame a llevarlo a la luz, Johnny...

Entre los dos trasladaron al inconsciente individuo hasta una zona donde llegaba la claridad mortecina de un farol.

Pulgada a pulgada, Tony examinó las ropas del drogadicto, sus manos, su rostro e incluso sus cabellos.

No halló el menor rastro de sangre en ninguna parte.

CAPÍTULO VI

—Está muerto para el mundo —comentó Johnny—. ¿Qué busca usted con tanto ahínco, amigo?

—Huellas de sangre... Este hombre no mató a Eve, muchacho. El que lo hizo debió empaparse materialmente de sangre hasta las cejas.

—Entonces déjalo en paz. Tiene derecho a reventar en libertad si ése es su deseo.

—Espera. Quizá él pueda decirme algo de lo que esperaba que me dijera la pobre Eve.

—¿Y cómo espera usted que le responda, por telepatía? No recobraré el conocimiento en horas.

Eso era cierto, y Tony lo sabía bien. En alguna parte debía haber conseguido la dosis necesaria para trasladarse al mundo donde no existían problemas ni conflictos, sólo que se había pasado de rosca y por poco no se había quedado definitivamente en ese mundo sombrío del embrutecimiento y el olvido.

Como si hablara consigo mismo, Johnny murmuró:

—Me pregunto dónde habrá conseguido tanta cantidad de veneno. Por lo general no tiene un centavo.

Tony se metió bajo la plataforma de carga y encendió una cerilla, alumbrando el suelo. Halló varias cápsulas vacías y aplastadas, una jeringuilla rota y un encendedor de gas, todo ello tirado.

Pero también vio algo más. Algo que le dejó frío y le hizo contener el aliento durante un largo instante.

Volvió a salir apresuradamente.

—¿Qué encontró ahí debajo?

—Más de lo que imaginaba. Los restos de lo que sea con lo que se inyectó... y otra cosa.

Agarró el cuerpo insensible y lo hizo girar hasta que sus pies

quedaron apuntando hacia el farol más cercano. Entonces examinó las desgastadas suelas de los zapatos.

—Mira, Johnny...

Éste no pudo contener un sobresalto.

—¡Sangre! —jadeó.

—Las suelas las han empapado... Ahora empiezo a comprender algunas cosas más, muchacho. Este tipejo fue quien me sacudió en la cabeza, y te aseguro que lo hizo con entusiasmo... ¡Maldito sea! Allí fue donde encontró la droga, cuando la pobre Eve ya estaba completamente muerta...

—¡Pero usted dijo que él no la había matado...!

—Y no creo que la matara. No... Gorresio llegó allí cuando el asesino ya se había ido. Registró, desesperado por su falta de droga... o tal vez conocía el escondite de Eve, cuando ésta disponía del maldito veneno. El caso es que lo encontró. Yo llegué y le sorprendí allí, en medio de la carnicería. No pudo hacer otra cosa, claro. Me dio en la cresta y se largó. Buscó un lugar solitario y oculto donde inyectarse y se pasó de rosca. No se ha matado de milagro.

—¿Y ahora qué, va a hacer que le detengan?

Había un matiz de ira en la voz del muchacho.

—No. Llamaré a un médico amigo mío y le llevaré este desgraciado. Cuando recobre el conocimiento, haré que responda algunas preguntas.

—¿Y después?

—¿Qué quieres decir?

—Cuando le haya hecho las preguntas...

—Nada. Podrá largarse al infierno por lo que a mí respecta.

El pintor suspiró:

—Muy bien, tengo la impresión de que es usted un tipo decente. Vaya a llamar por teléfono a su amigo y a un taxi. Yo me quedaré con él.

Tony asintió y se fue. Aquella ruina humana, aquella piltrafa de rostro patéticamente estremecedor, era ahora su única esperanza.

El doctor Hailey se apartó del sombrío paciente y gruñó:

—Podrás hablar con él durante unos minutos, pero no tomes por costumbre traerme semejante basura a mi consultorio.

—Tienes una manera de entender la medicina muy especial. Es

un ser humano, ¿no crees?

—Cuando llegan a ese estado son sólo ratas. Y apestan.

Tony se encogió de hombros acercándose al lecho.

Gorresio jadeaba angustiosamente, como si salir del mundo de aquella pesadilla en que voluntariamente se había sumergido le resultara terriblemente doloroso.

—Gorresio, ¿me oyes?

—Sí te oye —dijo el médico—. Y podrá hablar, más o menos inteligible... aunque no sé por cuánto tiempo.

—Gorresio —insistió el detective—. Tú viste a Eve. Puedo hacer que te encierren, ¿comprendes lo que te digo? Y si te encierran ya puedes despedirte de tus dosis.

El cuerpo, desmadejado en el lecho, se estremeció violentamente. Una indefinible expresión de angustia atirantó sus facciones.

—No —balbuceó, jadeante—. Usted no puede hacer... eso...

El doctor Hailey encendió un cigarrillo.

—Tú también tienes un sistema muy especial de compadecerte, muchacho —rezongó.

Tony no le hizo caso.

—Trata de recordar los tiempos en que vivías con Eve, Gorresio... recuerda... ¿Conociste a una chica llamada Nancy Silk?

—Nancy...

—¿Recuerdas?

—Sí.

—¿Qué fue de ella?

—Se marchó...

—¿Adónde?

—Seville Road... con... con... Lucy.

—¿Quién es Lucy?

—Reed.

—¿Lucy Reed?

—Sí... se fue con ella cuando... cuando...

—¡Sigue!

—Cuando Eve empezó a... inyectarse.

—Entiendo. ¿Sabes en qué lugar de Seville Road?

Sacudió la cabeza. Sus ojos se cerraron pesadamente y un lento murmullo brotó de sus labios.

—¡Gorresio!

El médico dijo:

—Es inútil, Tony. Se apagó como una vela.

—¿No puedes volverle a...?

—¿Quieres que me convierta en asesino? Este tipo está tan mal que otro esfuerzo como el que le he provocado le haría reventar.

—Está bien, de todos modos ya tengo algo.

—Más de lo que te pudiste imaginar dado su estado. Oye, no irás a dejarme aquí esta basura.

—No tengo donde llevarlo. Cuídalo hasta que pueda andar por su pie. Yo me ocuparé de la factura.

—¿Te has convertido en redentor ahora?

—Tengo una suculenta cuenta de gastos de mi cliente. Trátalo bien, matasanos.

—Es todo un regalo...

Salió de la pequeña clínica y anduvo hasta encontrar un taxi, con el que se hizo conducir hasta donde dejara el coche, en las cercanías de la calle Flanagan.

Temía que lo encontrase sin ruedas o algo así, pero estaba intacto, excepto por el borracho que se había tumbado bajo las ruedas y roncaba sonoramente.

Le arrastró hasta la acera, maldiciendo entre dientes. Luego, partió hacia su apartamento del hotel.

El conserje de noche dijo:

—Me tiene loco con el teléfono, señor.

—¿Sí?

—Hay una chica que no para de llamar... ¿Qué les da usted, hombre?

—Tengo un bebedizo. ¿Dio su nombre esa dama?

—No, de eso nada. Muy misteriosa, ¿usted sabe lo que quiero decir? Tanto, que apuesto que ésta es casada...

—Tienes una mente lúbrica, chico.

—Yo seré la mente, pero...

—No sigas o te juegas el puesto.

Subió al apartamento y llamó a Vicky, que replicó casi al instante a pesar de lo intempestivo de la hora.

—¿Vicky? Habla, Tony.

—¡Hola, búho! ¿No puedes dormir?

—¿Has sido tú quien ha llamado varias veces a mi apartamento?

—¿Yo? No, chico. Son los hombres quienes me llaman a mí. Estoy un poco loca por ti, pero no hasta ese extremo.

—Acabas de romperme el corazón.

—¿Vas a venir? Yo sí estoy desvelada... tengo pesadillas, ¿sabes?

—¿Eróticas? Adiós, nena. Ya te llamaré.

—¡Eh, oye...!

—Tengo prisa.

Colgó, preocupado porque no tenía la más ligera idea de quién podía haber demostrado tanto interés por hablarle.

Tomó la guía telefónica y no le costó encontrar el nombre de Lucy Reed, con domicilio en el setenta y seis de Seville Road.

Titubeó entre llamarla a pesar de la hora o esperar al día siguiente. Con Vicky la cosa era distinta, pero aquella dama del teléfono ni siquiera le conocía. La cosa podía ser incluso desagradable.

Decidió esperar hasta la mañana y después de una buena ducha se metió en la cama. Quedó dormido apenas tocó la almohada.

CAPÍTULO VII

Si el detective hubiera llamado a la muchacha no habría provocado nada desagradable, puesto que Lucy Reed no se había acostado aún.

Acababa de salir del baño y acariciaba su cuerpo con una gran toalla de vivos colores.

Era una mujer que rozaba los treinta años. Había sabido cultivar la edad con el mismo mimo y cariño que un jardinero su flor preferida, y el resultado era poseer un cuerpo firme y juvenil, de piel suave, que podía competir perfectamente con más de una jovencita inexperta, orgullosa de su apariencia.

Se detuvo frente al gran espejo y se recreó en su propia contemplación. Aún le quedaba mucho por delante. Después, cuando empezase a marchitarse, también tenía sus proyectos cuidadosamente elaborados.

El timbre del teléfono le arrancó una mueca. Miró la hora y no ocultó un rictus de disgusto.

—Lucy Reed —dijo tan solo.

—¿Es muy tarde para verte?

—Depende. No reconozco tu voz.

—Me llamo Flynn. No nos hemos visto nunca, pero una amiga común me habló de ti en mi anterior viaje a San Francisco...

—¿También esa amiga común te dio mi teléfono?

—Naturalmente.

—¿Cómo se llama la chica?

—¿Nuestra amiga? Nancy.

—Vaya...

—¿Qué te parece, es demasiado tarde? No pude llamarte antes, y me marché a primeras horas de la mañana.

—Está bien, siendo así te esperaré.

Colgó. Volvió a mirarse al espejo. De un tiempo a esta parte las

cosas rodaban bien, estupendamente. Comenzó a calcular cuánto podría sacarle a ese pagano de turno...

Cuando llamaron desde la puerta de la calle, pulsó el mecanismo electrónico y esperó junto a la puerta. Se había cubierto con un vaporoso salto de cama azul oscuro de seguro efecto en sus admiradores. Era tan tenue como un girón de niebla y flotaba en torno, haciendo más turbador el misterio dorado que se transparentaba debajo.

Unos nudillos llamaron discretamente y ella abrió.

El hombre era alto, de edad indefinible. Elegante y de aspecto cuidado, le agradó a la muchacha por cuanto eran los más discretos y menos exigentes.

—¿Flyn?

—Sí.

La observó de arriba abajo. Sus ojos eran penetrantes, pero sin expresión alguna. No tenían aquella expresión hambrienta que tanto la desagradaba.

Lucy cerró con suavidad, sonriendo.

—Ponte cómodo, querido. ¿Qué quieres beber?

—Cualquier cosa, pero que sea muy fría.

Tenía una voz queda, sin inflexiones. Se adentró siguiendo a la muchacha, hasta donde estaba el pequeño bar tras el que ella entró.

Preparó dos altos vasos que el hielo empañó al instante. Luego volvió junto a él tomándose tiempo, asegurándose de que Flyn se daba cuenta del atrayente cimbreo de su cuerpo.

—¿De dónde eres, querido?

—De Los Ángeles. Tengo negocios allí.

—¿Hace mucho tiempo que conoces a Nancy?

—Nos vimos dos veces tan solo, ya hace tiempo. Una chica encantadora... que ahora no sé dónde encontrar.

Ella rió.

—Entiendo. Has venido a mí porque no pudiste localizar a Nancy...

—No, no; estás equivocada, preciosa. Ya te he dicho que fue ella quien me facilitó tu número por si alguna vez decidía pasar una noche agradable, en alguno de mis viajes.

—Bebe. No te hago ningún reproche, compréndelo...

Él saboreó el excelente *whisky*. Luego, dejó el vaso sobre la

mesita y rodeó a la muchacha con sus brazos.

—Eres deliciosa, Lucy...

Ella le besó fugazmente. Se sorprendió de que los labios de él fueran tan rígidos y fríos. Flyn tanteó sus bolsillos. Hizo un gesto de disgusto.

—Olvidé comprar tabaco...

—Eso no es ningún problema.

La muchacha le dejó solo unos instantes. Fueron suficientes para que él dejara caer un pequeño comprimido en el vaso de Lucy.

Cuando ella regresó, trayendo un paquete de cigarrillos, el visitante estaba cómodamente recostado en el diván.

Encendieron ambos y él tomó su vaso, vaciándolo a pequeños sorbos.

—¿Sabes? —comentó—. Temí que no quisieras recibirme.

—Olvidalo. Relájate. Estás tenso...

Él se estremeció.

—Tal vez se deba a que es la primera vez que estoy contigo.

—Eso no debe preocuparte. Estás aquí para ser feliz. Que lo consigas es cuenta mía.

—De eso estoy seguro... completamente seguro. ¿No bebes? Desearía otro trago, si no te importa.

Ella sonrió acariciadoramente. Tomó el vaso y bebió la mitad de su contenido. Luego, fue a prepararle otro a él.

Cuando volvió junto al diván, dio un traspié.

—¿Te sientes indispuesta, pequeña?

Ella sacudió la cabeza. Pero le agradeció su interés.

Era un hombre de los que le gustaban... atento... considerado...

Tomó asiento y él volvió a beber. Luego la instó:

—Quizá, si bebes un poco más te sentirás mejor.

—Es sólo un ligero mareo...

Tomó su vaso y vació el resto. Luego, de pronto, su cabeza cayó hacia atrás y quedó desmadejada sobre el diván.

Flyn se levantó sin prisas. Se quitó la chaqueta y la camisa, quedando con el torso desnudo, excepto por la fina cuerda de nylon que llevaba alrededor de la cintura. La deslió, dejándola sobre el diván.

Luego, de un bolsillo de la chaqueta sacó un rollo de ancha cinta adhesiva.

Siempre con absoluta calma, procedió a cubrir la boca de Lucy con una tira, que aseguró con otra en diagonal.

Hecho esto, enrolló gran cantidad de cinta alrededor de los finos tobillos de la mujer y entonces tomó tiempo para fumar un cigarrillo, mientras contemplaba su obra.

Fue a la ventana, cuando hubo consumido el cigarrillo y la cerró, corriendo también las cortinas.

Miró a su alrededor. El vaso que ella le trajera estaba intacto. Lo tomó, bebiendo todo su contenido pausadamente, sin ninguna prisa. Sin abandonar el vaso, buscó la cocina y procedió a lavarlo con todo cuidado, secándolo después y asegurándose de que no quedarían huellas en él.

Cuando regresó al lado de Lucy, ésta comenzaba a dar señales de vida.

La levantó en vilo llevándola al dormitorio, donde la tendió sobre la cama. Fue en busca de la cuerda y siempre con la misma parsimonia procedió a atar las muñecas de la muchacha a la cabecera.

Estuvo observándola un buen rato, complacido. Era una imagen turbadora, especialmente para él.

Sujetó los pies firmemente con la cuerda al otro extremo del lecho, de modo que Lucy quedó perfectamente inmovilizada, incapaz de valerse, de luchar o defender una vida que ya había perdido.

Él encendió otro cigarrillo tras apagar el anterior en el cenicero, guardándose la colilla en un bolsillo.

Cuando la mujer recobró el conocimiento, él estaba sentado a su lado, en el borde de la cama, fumando como si saborear el tabaco fuera lo más importante del mundo.

Le miró con sus grandes ojos desorbitados. Luego, se dio cuenta de su verdadera situación y el pánico la dominó. Empezó a forcejear con inusitado frenesí, lacerándose las muñecas y los tobillos, sangrando, pero sin conseguir aflorar ninguno de los nudos.

Entonces Flynn dijo:

—No lograrás más que anticipar tus sufrimientos, querida... ¿Te das cuenta? Ya estás sangrando... la cuerda ha cortado tu piel...

Tendió la mano y las pupilas de sus dedos acariciaron la sangre. Sonrió:

—Verás mucha más antes de morir. ¿Comprendes? Ríos de sangre, como una marea que crece y se levanta en oleadas... inundándolo todo, roja como el infierno...

Lucy se tensó como un arco en un vano intento de romper sus ataduras. No sentía el dolor en las muñecas, cortadas por la cuerda de nylon. Todo el horror de que era capaz desbordaba de cada poro de su hermoso cuerpo, haciendo que aquel dolor fuera apenas una lejana sensación casi indefinible.

Él se levantó.

Sonreía de un modo muy raro y en sus ojos había aparecido un sombrío alborozo.

—Te mentí —dijo como si estuviera muy arrepentido de haberlo hecho—; no vine recomendado por Nancy. Vine porque otra mujer habló un poco también, antes de morir... se llamaba Eve Tryan. ¿La conocías, Lucy? Dime, ¿la conocías?

La mujer negó con un gesto, despavorida.

—Quiero que me digas dónde está Nancy. ¿Sabías que no se llama Nancy, realmente? No comprendo a esa chica... debe estar un poco loca. Tú me dirás dónde puedo encontrarla, ¿no es cierto? Lo dirás, claro... antes o después, lo dirás... no tengo ninguna prisa.

Miró en torno. El cenicero estaba al otro lado del lecho, en una mesita. Suspirando, se levantó.

De pronto sus ojos glaucos ahora se fijaron en la piel suave del estómago de su víctima. Con otro largo suspiro, alargó el brazo y aplastó la pequeña brasa incandescente sobre la carne.

Lucy Reed, justamente entonces empezó a sumergirse en el infierno.

CAPÍTULO VIII

El teléfono le despertó con un sobresalto.

Soñoliento, parpadeó dándose cuenta de que apenas si empezaba a clarear la aurora. De un zarpazo tomó el auricular.

—¡Hable!

—¿Kazan?

—Sí, soy yo, aunque a estas horas no estoy muy seguro. ¿Qué diablos ocurre?

—Soy Morrison, señor, el mayordomo del señor Lessing.

Instantáneamente, el detective se despejó.

—¿Qué pasa para que me llame a estas horas de la madrugada?

—El señor Lessing, señor; ha sufrido un colapso y desea verle... ahora.

No perdió tiempo haciendo preguntas inútiles.

—Voy para allá —dijo.

Saltó del lecho, vistiéndose tan rápidamente como le fue posible. Minutos después conducía a una velocidad endiablada rumbo a la inmensa residencia del millonario.

La verja se abrió apenas la luz de sus faros barrió la entrada. Siguió por el paseo de grava hasta la fachada del palacio, donde ya le esperaba el viejo mayordomo.

El día se levantaba, cálido y sofocante a pesar de lo temprano de la hora. Tony saltó del coche y subió los peldaños a saltos.

—¿Está grave? —inquirió.

—Muy mal, señor... pero insiste en verle. Le he llamado contraviniendo las órdenes de todos los demás. Se lo advierto para que sepa cuál es la situación aquí.

Él asintió y siguió al sirviente hasta el piso superior, donde casi tropezaron con una mujer alta, delgada, de rostro ceñudo, que les cerró el paso.

—¿Qué significa esto, Morrison?

—Perdone la señora... este caballero es el señor Kazan.

Ella soltó un bufido.

—Creo recordar que se le advirtió que no debía usted avisarle, Morrison, a pesar de lo que dijera mi suegro. El doctor ha prohibido las visitas.

—Pero el señor insistía tanto que...

Tony dijo:

—Después charlarán todo lo que quieran. Ahora, ¿dónde está el señor Lessing?

La mujer irguió su escuálido busto y barbotó:

—¡Detesto esta clase de modales! Le prohíbo que...

Morrison señaló una puerta cerrada. No parecía atemorizado ni arrepentido por lo que había hecho.

A grandes zancadas, Tony llegó a la puerta y la abrió.

Un hombre se irguió, girando sobre los talones. Era rechoncho y de mirada dura. Estaba junto al lecho en que reposaba el anciano, quien estaba reclinado en unos grandes almohadones. Con voz seca y queda gruñó:

—¿Quién es usted? Salga de aquí inmediatamente... no puedo permitir que nadie altere el descanso de...

De las profundidades del lecho, surgió la voz apenas audible del viejo.

—Cállese... estúpido curandero. ¿Es usted, Kazan?

—Sí, señor.

—Venga... acérquese...

El médico le cerró el paso.

—¡Le repito que salga de aquí... señor!

Tony le miró un instante. En sus ojos grises brillaba una peligrosa llamita.

Inesperadamente, distendió las manos y sujetó al individuo por las solapas. Casi lo levantó en vilo, cuando lo llevó hasta la puerta, que no había cerrado. Allí le soltó, pero de modo que fue como si un vendaval lo hubiera arrojado fuera. Trastabilló hasta el otro lado del pasillo barbotando amenazas, pero el detective ya no le oyó porque cerró la puerta y se acercó al gran lecho.

—Estoy aquí, señor. Parece como si le tuvieran sitiado...

—¡Claro que me tienen sitiado! El miedo no les deja respirar...

—¿Miedo...?

—Miedo de que cambie mi testamento... antes de reventar... Los buitres... no saben que ya...

—¿Ya lo cambió?

—Hace tiempo...

—Descanse. Ahora ya no hay prisa.

—¡Sí la hay! ¿No comprende que... que estoy acabado?

—No lo creo. Ni con la ayuda de ése a quien usted ha calificado de curandero morirá usted.

Una mueca que quiso ser una sonrisa aleteó en la cara casi momificada del anciano.

—Usted me gusta... hijo... ¿Qué...?

—Estoy cerca de su hija, señor Lessing. Antes de veinticuatro horas sabré qué ha sido de ella.

—No me importa... lo que sea... Tráigala. Quiero... verla...

—Lo haré, si está viva.

—¿Cree usted que... que haya muerto...?

—Aún no lo sé.

—Ella debe perdonarme...

—Estoy seguro que lo hará.

Hubo un largo silencio mientras el anciano recobraba fuerzas.

La puerta se abrió otra vez. Nattan Lessing, el hijo del moribundo, entró seguido del médico y de su esposa.

—¡Fuera! —rugió, dominando apenas su voz—. ¡Fuera de aquí!

Tony sacudió la cabeza.

—Su padre quiere hablarme —dijo con calma—. Sólo saldré cuando él lo ordene. Tiene un minuto para largarse y cerrar la puerta.

—¡Le haré detener! ¿Qué diablo cree que...?

—Medio minuto.

En la cama, el anciano cacareó ahogadamente, como si quisiera reírse con sus inexistentes energías.

—¡Le haré responsable... le condenaré... haré que...!

—Pasó el tiempo.

Tony se puso en marcha, ceñudo, cerrando los puños.

Los tres retrocedieron empujándose unos a otros. Ya en la puerta, el doctor se volvió para enfrentarse con él personalmente.

—¡Voy a acusarle de haber acelerado la muerte de mi cliente con su incalificable...!

Tony volteó la puerta con furia. No llegó a producir demasiado estrépito al cerrarse, porque antes de encajar en el marco se estrelló contra la cara crispada del médico con un impacto fofo, tras el que sonó un alarido y una sarta de lamentos.

Cerró y regresó junto al anciano.

—¿Tiene usted algo más que decirme?

—Sí... ¿A quién le ha aplastado... la nariz...?

—Al curandero.

—Ese inepto... Kazan... Abra ese cajoncito...

Lo hizo. Dentro había una Biblia, un par de pañuelos y una llave.

—La llave...

—¿Qué hago con ella?

—Désela a Morrison... Él sabe... qué... hacer.

—Muy bien.

—Y Verónica... tráigala, hijo. Si tratan de impedirlo...

—Necesitarían un tanque para impedirme llegar aquí con ella.

—Ahora... vaya y tráigala...

—Descanse, señor Lessing. Todo irá bien.

Retrocedió. Fuera estaban todos reunidos, amenazadores.

Nattan gruñó:

—He llamado a mi abogado, Kazan. Va a verse metido usted en el mayor lío de su vida.

Éste se detuvo.

—Cuidado, señor Lessing —silbó, amenazador—. Ayer me amenazaron de muerte si seguía buscando a Verónica. Y asesinaron a una mujer para que yo no pudiera hablar con ella. Alguien está caminando hacia una fosa abierta y seguro que no soy yo.

—¡Usted... usted...! ¿Cómo se atreve...?

—Piénselo. Si hablan las pistolas correrá más sangre.

Les dejó boquiabiertos, estupefactos en medio del pasillo.

Abajo encontró a Morrison tan impecable como de costumbre.

—¿Qué significa esta llave para usted, Morrison?

El viejo sonrió.

—Corresponde a un pequeño cofre. Espere aquí, pero si ellos bajan salga fuera. Yo me reuniré con usted en el coche.

—Muy bien.

El mayordomo tomó la llave y desapareció.

Minutos después regresaba trayendo un grueso sobre de papel manila y otro corriente, blancos ambos.

—El señor me dio instrucciones, ¿comprende? Sólo debe usted abrir ese sobre para saber si los herederos tratan de hacer desaparecer el último testamento. Ésa es una copia legalizada.

—Entendido. ¿Y éste?

—Le pertenece a usted. Debía entregárselo junto con el grande cuando él lo dispusiera.

—Está bien. ¿Es todo?

—Por favor... haga todo lo que pueda por él. Está tan solo, tan angustiado...

—No está solo, si sigue teniéndole a usted, Morrison.

Estrechó la mano del mayordomo y abandonó la residencia.

Condujo bajo el sol naciente hasta una amplia avenida donde estacionó a un lado sin parar el motor.

El sobre de papel manila contenía un grueso pliego de papel duro y rígido. Tenía sellos de lacre y su propio nombre escrito encima.

Lo dejó a un lado y abrió el otro, pequeño y corriente.

Dentro sólo había un cheque extendido por el anciano.

Pero un cheque muy especial, tanto que le arrancó un silbido de estupor.

Un cheque por veinticinco mil dólares a su nombre.

Comprendió que el viejo Lessing había querido asegurarse su fidelidad, incluso después de que él hubiese muerto.

Reanudó el camino dispuesto a no defraudar a aquel hombre que en su vejez, después de una vida increíble, se encontraba tan sólo como dijera el mayordomo. Tan sólo que necesitaba pagar veinticinco mil dólares a un hombre para asegurar un poco de fidelidad.

Se detuvo en su Banco el tiempo justo de ingresar el cheque. Luego, dispuesto a terminar cuanto antes el trabajo, puso rumbo a Seville Road...

CAPÍTULO IX

El sargento Desmond, tenía la cara gris, cuando se reunió con él en la cocina.

—No había vomitado en mi vida a causa de... Bueno, ya me entiende —barbotó—. ¿Qué está haciendo?

—Sacando hielo del refrigerador. Tome un trago, sargento, le sentará bien.

—No lo comprendo... El tipo que ha hecho esto debe estar loco... completamente loco.

—Sin duda, pero no mata a impulsos de locura.

—¿Qué diablos quiere decir?

—Persigue lo mismo que yo... encontrar a la muchacha. Sólo que aprovecha para dar rienda suelta a su sadismo... Goza con la tortura y la sangre. Una mente retorcida que hay que aplastar a cualquier precio.

—¿Sabe usted también cómo hacerlo?

—No. Todo lo que yo sé de ese carnicero es su condición de sádico, nada más.

—Ya veo. Pero yo no puedo ordenar una batida en toda la ciudad para detener a todos los pervertidos, todos los desviados sexuales fichados o sospechosos. Estamos en un callejón sin salida a mi modo de ver. A menos que usted me aclare quién es la chica que busca, y por qué un individuo de mente pervertida quiere encontrarla antes, aunque esto último ya lo supongo... Desea matarla también, ¿no es cierto? Matarla de ese modo nauseabundo...

—Quiere matarla. En cuanto al nombre de ella ya le dije que era Verónica.

—Siga.

—Lo haría si estuviera seguro de que los reporteros no averiguarían ese nombre ni nada concerniente con la muchacha.

—Yo sé qué he de decirles y qué no a esos emborronacuartillas. Suéltelo de una vez, Kazan.

—Están ahí fuera —dijo, bebiendo un sorbo de *whisky* helado—. Le exigirán declaraciones y usted se verá en un compromiso.

—No apure mi paciencia, amigo...

—Hagamos un trato, sargento. Usted les da la carnaza de costumbre y deja que salgan los periódicos con las informaciones de rutina. Luego, esta noche, yo le cuento todo lo que sé, aunque le advierto que es bien poco.

Desmond lo pensó detenidamente. Tenía el ceño fruncido y una mirada furiosa en sus ojos agudos.

—De acuerdo —rezongó—. Pero si esta noche no se decide a colaborar plenamente, puede empezar a preocuparse por su licencia, Kazan.

—La vieja historia...

Un guardia entró, anunciando que los enfermeros habían llegado para llevarse el cadáver.

—Voy para allá...

Tony quedó solo en la cocina. Apuró el resto del *whisky* y luego entró en el dormitorio.

Las manchas de sangre seca salpicaban hasta las paredes. Todo estaba invadido por los peritos de la policía que terminaban su trabajo.

Se deslizó a lo largo de la pared para no estorbar y salió del dormitorio, yendo a sentarse en el diván de la salita.

Desde allí vio pasar a los camilleros llevándose los despojos de otra desgraciada mujer sacrificada en un rito de sangre salvaje y feroz, sin otra justificación que la de una mente pervertida.

Encendió un cigarrillo. Estaba nervioso, inquieto e impaciente.

Se levantó, yendo hasta la ventana desde donde se disfrutaba de una visión multicolor de la ciudad.

Por toda la estancia aparecían los residuos de los polvos con que los policías habían intentado «levantar» posibles huellas dactilares sin ningún éxito.

Tony se acercó a una estantería con libros y caprichosos objetos de adorno. Los libros eran una mezcla de temas y estilos y algunos tenían trazas de no haber sido abiertos jamás.

Otros, en cambio, conservaban entre sus páginas visibles

guardapuntas, allí donde se había interrumpido la lectura.

Distraídamente, mientras esperaba al sargento, Tony tomó algunos de los libros, dándoles un vistazo distraído.

En uno de ellos, una bonita postal señalaba la página donde la pobre Lucy debió dejar la lectura para otra ocasión.

La postal era una vista espectacular y nocturna del puente sobre la bahía, rutilante de luces, tomada desde Oakland, de modo que al fondo, en la oscuridad, chispeaban las luces de la ciudad confundiéndose con las estrellas.

Distraídamente, le dio la vuelta.

La postal estaba firmada por Nancy Silk.

CAPÍTULO X

El atravesar la bahía bajo el sol, no fue precisamente una sinecura. La carrocería se calentó como el demonio y Tony gruñó durante todo el trayecto hasta Oakland.

Una vez fuera del inmenso puente hundió el acelerador internándose por la gran autopista que bordea la ciudad hasta dejarla atrás.

Poco antes de llegar a Berkeley salió de la ruta para internarse por una carretera de segundo orden, alejándose de la costa y elevándose por la ladera hasta los bosques.

Vio el rótulo del parador apenas unos minutos más tarde y, maniobrando en la estrecha entrada, detuvo el auto frente a la cabaña que servía de oficina y administración.

El hombre que estaba sentado en una tumbona irguió la cabeza cuando él se apeó del coche. Pareció muy sorprendido al ver que en el auto no viajaba nadie más.

Sólo entonces se levantó, preocupado, porque la experiencia le había demostrado a lo largo de los años que, en un lugar como aquél, los viajeros que llegaban sin pareja no producían más que disgustos.

—Hola —gruñó—. ¿De paso?

—No. ¿Es usted el encargado?

—Encargado, propietario, botones y chica de la limpieza, todo a su servicio. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Supongo que disfrutaría usted de todos esos empleos hace cuatro meses...

—Seguro. ¿Por qué?

—Porque entonces estuvo aquí alguien a quien estoy buscando.

El rostro del hombre se ensombreció.

—Mire, tengo una memoria fatal. Además, no me gusta el chismorreó. Aquí la gente viene y se va como los pájaros,

¿entiende? Todo lo que me preocupa de mis clientes es que paguen.

—No me venga con historias. La chica envió una postal desde aquí. Se llamaba Nancy Silk.

—Ya le dije que mi memoria es...

—No lo repita. Va a ser muy malo para usted si no la recuerda, porque en ese caso yo no daría un centavo por su negocio.

—¿Cómo voy a recordar a una mujer después de cuatro meses? Además, por lo general yo apenas veo a las mujeres que vienen aquí. Es el hombre quién se inscribe y cumple los trámites y todo eso. Ya sabe lo que quiero decir... «Fulano de tal y señora»...

—Eche un vistazo a esa fotografía... y trate de recordar de qué «Fulano de tal» era la «señora»... y pronto.

El hombre tomó la fotografía de Verónica Lessing y la observó con el ceño fruncido.

Tony añadió:

—Imagínela quizá con otro peinado. Esa foto es vieja.

—¿Es su esposa o qué? Porque detesto los líos...

—No, es una chica soltera.

—Y mayor de edad por lo que veo.

—Exacto.

—Bueno...

—¿La recuerda?

—Creo que sí... solía tomar el sol con un bikini increíble...

—Ajá, busque en el registro. Quiero saber con quién se inscribió.

—¿Demanda de divorcio o algo así?

—Vuelvo a repetirle que todo lo que yo necesito es encontrarla a ella. El tipo con quien estuvo pasándolo en grande solo me importa si puede llevarme a la chica.

—Ya veo... veré qué puedo hacer. Pero ¿qué gano yo con todo esto?

—Lo que ganará no lo sé, pero sí sé lo que ganará si no me dice el nombre de quién se inscribió con ella, y la matrícula de su coche.

—Bueno, bueno, tómelo con calma...

El tipo empezó a revolver en un desordenado fichero hasta que encontró lo que buscaba.

—Aquí está... *bungalow* número nueve... señor Russell, Herbert, y esposa. Estuvieron aquí cinco días.

—Anote en un papel el nombre, la dirección y la matrícula del

coche de ese fulano. Y ruegue al cielo que el tipo se inscribiera con su verdadero nombre, porque de lo contrario su negocio se irá al infierno.

—Qué tipo tan amable es usted —masculló el encargado—. Se inscribió con su nombre. Todos se inscriben con su nombre porque exige documentos. Soy gato viejo, ¿entiende? Ya tuve bastantes disgustos cuando empezaba.

Kazan tomó el papel que el otro le tendía y gruñó:

—Es usted un tipo afortunado...

Se fue a escape. El encargado le dedicó todo el surtido de maldiciones de que disponía, mientras el coche maniobraba para enfilarse otra vez hacia la carretera.

El sol era aún más ardiente cuando condujo velozmente hacia San Francisco y atravesó la bahía. Sobre las aguas quietas el reflejo cegador parecía fundirse con la neblina que el calor levantaba, rebosante de humedad.

Se detuvo junto a una cabina telefónica y llamó al Palace, donde tenía el apartamento.

Tan pronto reconoció la voz del conserje de día preguntó:

—¿Ha telefoneado alguien preguntando por mí? Habla Tony Kazan, Luigi.

—Hola, señor Kazan. No, nadie le ha llamado. ¿Espera usted que lo hagan?

—Anoche, su compañero me dijo que una mujer estuvo preguntando por mí varias veces.

—Pues debe haberle olvidado ya —rió Luigi—. Tomaré nota si vuelve a recordarle.

—Gracias.

Regresó al coche, pensativo. Aquello no tenía mucho sentido. No comprendía por qué una mujer que se pasa horas intentando comunicar con él, de repente deja de hacerlo...

Cuando despegó el coche de la acera pensó con un escalofrío que se dirigía hacia el último eslabón que le quedaba... vivo.

El eslabón de una cadena de sangre a cuyo extremo igual podía encontrar a Verónica, como a un asesino sádico y sanguinario esperándole con su bárbaro cuchillo.

CAPÍTULO XI

Era una casa de tres plantas, bien cuidada y con unas jardineras en la entrada recién regadas.

El nombre de Herbert Russell estaba en el buzón correspondiente al apartamento número seis, del tercer piso. Había sólo dos en cada rellano.

Tony subió las escaleras dominando apenas su impaciencia.

Al llegar arriba vio la puerta del apartamento que buscaba abierta de par en par. El corazón le dio un vuelco.

Se detuvo en la entrada y preguntó:

—¿Hay alguien ahí?

Una voz de mujer, en alguna parte, quiso saber:

—¿Quién es?

—Busco al señor Russell.

—Ha venido demasiado pronto...

La mujer apareció. Rondaría los sesenta años, era delgada y vivaracha y llevaba una escoba en la mano.

—¿Quién es usted? Le diré que ha estado aquí, cuando regrese esta noche.

—Me llamo Kazan, Tony Kazan, aunque él no me conoce. Pero es muy importante que yo pueda hablar con él cuanto antes. ¿Dónde podría encontrarlo?

La mujer se rió como si aquello fuera el mejor chiste que oyera en su vida.

—A estas horas —cacareó—, o está volando de regreso o se dispone a tomar el avión.

—¿Dónde?

—Pero bueno, ¿qué es lo que desea usted, no sabe que el señor Russell está en viaje de luna de miel?

—No lo sabía...

—A las cataratas del Niágara, ¿sabe usted? Regresan esta noche,

por eso estoy dando los últimos toques al apartamento, para que lo encuentren todo a gusto.

Tony reflexionó rápidamente. Si el hombre se había casado y le interrogaba justamente a su llegada sobre una aventura erótica vivida apenas unos meses antes de la boda, la cosa amenazaba con ser un fracaso.

—¿Cuándo se casó? —preguntó, indeciso.

—Hoy hace diez días.

—¿Tiene algún negocio el señor Russell?

—No... es ejecutivo de una gran compañía de plásticos.

—Y llega esta noche...

—Llegan —rió la mujer—. Ha tenido mucha, suerte, ¿sabe? Hoy en día no se encuentran muchas mujeres como la que él encontró.

—Parece que usted le aprecia mucho, señora.

—Y es cierto. Lleva viviendo aquí desde que era casi un chiquillo. Empezaba entonces a trabajar, ¿sabe? Y hubo meses en que se las veía y deseaba para poder pagar el alquiler. Es un buen muchacho, de veras. Lo mismo dije al otro caballero que estuvo preguntando por él anoche. Un gran muchacho.

Un escalofrío recorrió todos sus miembros.

—¿Anoche vinieron buscando al señor Russell?

—Ciertamente. Un caballero también muy correcto.

—¿Dijo si volvería?

—Claro, dijo que vendría cuando él estuviera de regreso.

—Esta noche...

La inquietud que sentía se transformó en franca alarma.

—Ha sido usted muy amable, señora. Por casualidad, no sabrá usted también a la hora que llega ese avión.

—Eso no. Llegan tantos...

—Claro, llegan tantos —masculló entre dientes—. Muchas gracias.

Ya se dirigía a las escaleras cuando una idea le asaltó como un rayo. Volvió atrás cuando la mujer ya se internaba otra vez en el apartamento.

—Por favor, señora, Usted debe conocer a la esposa de Russell.

—Por supuesto. Es una chiquilla deliciosa.

—¿Es ésta?

Le mostró la fotografía de Verónica Lessing. Vio la alegre sonrisa

en el rostro de la mujer y supo que su corazonada había sido acertada.

—¡Pues sí que es ella! ¿Cómo tiene usted su fotografía, señor Kazan?

—Eso no importa ahora. Lo que importa es detener a esta pareja antes que lleguen aquí, o su luna de miel se convertirá en una luna de sangre.

Dio media vuelta y se precipitó escaleras abajo.

La buena mujer se quedó boquiabierta, diciéndose que era una verdadera pena que un joven tan agradable y correcto estuviera tan loco.

Lleno de inquietud, Tony llevó el coche entre el intenso tráfico hacia la Central de policía. Ahora necesitaba al sargento Desmond, y lo necesitaba con mucha urgencia.

Sólo que nadie sabía dónde estaba el sargento a semejante hora, ni tenían la menor idea de cuándo regresaría.

Volvió a salir, tomó el coche y rechinando los dientes se encaminó a toda velocidad hacia la residencia del viejo Lessing.

La verja se abrió casi un minuto después de haber llamado. Condujo despacio por el paseo de grava, sorprendiéndose al descubrir varios coches de gran lujo estacionados en la plazoleta, frente a la entrada.

Dejó el suyo. Instintivamente, buscó al mayordomo en el portalón abierto, pero en lugar del viejo Morrison se encontró mirando las largas piernas de una muchacha muy joven. Eran unas piernas dignas de verse con detenimiento.

Subió la mirada poco a poco. Esas piernas de piel dorada por el sol terminaban en un asomo de falda que apenas se cubría los muslos. Todo lo demás que había más arriba no tenía nada que envidiar a las piernas, ni siquiera el hermoso rostro de grandes ojos descarados y labios carnosos y rojos.

—Hola —dijo, subiendo los peldaños—. ¿Es el nuevo mayordomo?

—Y usted, ¿quién es?

—Me llamo Kazan.

—¡Vaya, usted!

—¿Tiene algo contra mí?

—Yo no, pero en esta casa gana terreno la idea de ahorcarle o

algo así. Estuve llamándole hasta que me cansé. ¿No se lo dijeron?

—De modo que fue usted.

—Casi estropeé el teléfono. Oiga, quiero hablarle, pero no aquí.

—¿Dónde?

—Venga...

—Espere un minuto. Necesito ver al señor Lessing cuanto antes.

Lo suyo puede esperar.

—Le conviene hablar primero conmigo. Venga conmigo.

Echó a andar por el porche, hacia la esquina. Él la siguió, intrigado, admirando el grácil contoneo del cuerpo juvenil. Se le antojó que ella incluso lo acentuaba en su obsequio...

Doblaron la esquina, y apareció una gran piscina en forma de riñón, por la que hubiera podido navegar un acorazado. Algunas tumbonas esparcidas alrededor ponían notas de color contrastando contra el verde césped.

—¿Se ha propuesto ir de excursión? —Gruñó el detective, deteniéndose.

—No sea estúpido. Aquí pueden vernos todavía. Sígame.

Entraron en un pabellón alargado. Eran los vestuarios de la piscina, una sala de juegos y al final runruneaban los motores del filtro automático del agua.

La muchacha cerró la puerta y se encaró con él.

—De modo que usted es el detective que contrató mi abuelo para encontrar a su querida prostituta...

—Le gusta llamar a las cosas por su nombre.

—¿No es mejor así?

—Usted sabrá. Al grano, princesa. No me sobra el tiempo.

Ella esbozó una risa burlona.

—Confieso que no le imaginaba así... Yo creía que se trataba de un tipo gordo, seboso y marrullero que estaba sacándole los cuartos al viejo con ese cuento de encontrar la añorada desaparecida...

—Si me ha traído aquí sólo para divertirse, déjeme decirle que se equivocó de payaso.

Dio media vuelta y se encaminó a la puerta. Ella no se movió, pero dijo con su voz perezosa:

—No corra tanto, amiguito... yo estoy de parte del viejo fósil, aunque le cueste creerlo.

Tony se detuvo, perplejo.

—¡No me diga! ¿Usted desea que Verónica sea encontrada?

—Ni más ni menos.

—¿Por qué?

—Para fastidiar a toda esa bandada de cuervos.

—Algunos de esos cuervos son sus padres, si yo he entendido bien la personalidad de usted.

—¿Y cree que eso cambia las cosas? Estoy hasta... Bueno, eso no le importa, son intimidaciones de la familia. Eso quería decirle cuando le llamé, que ellos intentarán sobornarlo. Mándelos al infierno. Aunque ahora, con el abuelo dando las últimas boqueadas quizá hayan decidido cambiar de táctica.

Él la observó con el ceño fruncido, preocupado a causa del desconcierto.

Ella añadió:

—Los detesto, ésa es la verdad, ¿sabe? Son igual que momias sin sentimiento, sin alma, sólo preocupados por apoderarse del control de las industrias. Todo lo que tienen es una computadora en lugar de corazón. Y no crea que no sé de qué hablo... porque en cierta forma yo soy la obra de esas momias.

—A juzgar por su aspecto, es una obra bastante buena.

—No sea irónico. Yo sé perfectamente cómo soy.

—¿Eso es todo lo que tenía que decirme?

—Ciertamente. A menos que decida desperdiciar un poco más de tiempo conmigo...

—Lo lamento, pero habrá de buscarse otro juguete para sus esparcimientos. Yo ya tengo bastantes líos.

Se dirigió a la puerta y esta vez ella no intentó detenerle. Le siguió con la mirada hasta que hubo salido y entonces, decidiéndose, empezó a desvestirse perezosamente. Se embutió en un dos piezas diminuto y saliendo a su vez se zambulló en la piscina.

CAPÍTULO XII

Estaban todos en un grupo, en el pasillo.

Nattan Lessing, el hijo del anciano. Su angulosa esposa que le miró con ojos llameantes de ira. Otro individuo alto, vestido con tanta elegancia como un figurín y que fumaba un largo cigarro cuyo aroma se esparcía por el pasillo.

El cuarto era otro hombre, rechoncho y calvo de ojos astutos. Todos ellos le miraron acusadoramente.

Entonces se abrió la puerta del dormitorio del anciano y salieron el médico y otro hombre altivo, rígido, de mirar frío y tranquilo.

El médico tenía el rostro amoratado, vivo recuerdo del portazo que recibiera la anterior visita del detective. Fue quien primero habló, y lo hizo barbotando de furia.

—¿Es que nadie va a echar de aquí a ese... ese salvaje?

El hombre rechoncho indagó:

—¿Es él, señor Lessing?

—En efecto, ese entrometido es el tipo que está sacándole el dinero a mi padre. Tony Kazan, creo...

El gordo avanzó cachazudamente.

—Soy el abogado del señor Lessing. Me llamo Frank Puzo. Quizá ha oído hablar de mí, señor Kazan.

—Alguna vez.

—Lo celebro. Lamento informarle que he sido comisionado para presentar una demanda contra usted, señor Kazan...

Lo dijo como si realmente lo lamentase, pero sus ojos de ave de presa chispeaban, satisfechos.

Tony encendió un cigarrillo y paseó la mirada por encima de todos los demás, que le contemplaban, indignados por su presencia.

Luego murmuró:

—De modo que una demanda... ¿Le importaría decirme también de qué piensan acusarme?

—Bien, de violencia contra el doctor, en ejercicio de su sagrada misión, de allanamiento, puesto que entró aquí a la fuerza, y de estar abusando del anciano señor Lessing para sacarle el dinero en grandes cantidades. Naturalmente, basaré todo esto en argumentos estrictamente legales, señor Kazan.

—¿Eso es todo?

El abogado se permitió el lujo de esbozar una leve sonrisa.

—¿Le parece poco?

—No me parece nada. ¿Puedo decirle algo a mi vez?

—Naturalmente.

Tras ellos, la escuálida mujer gruñó:

—Sería mejor echarlo de aquí, Frank.

El letrado la calmó con un gesto condescendiente.

Tony dijo:

—Creo que podemos dar como un hecho cierto que sólo los herederos del señor Lessing pueden tener interés en que Verónica no sea localizada. Ése es un razonamiento que cae por su propio peso, ¿no es cierto, señor abogado?

—Una afirmación muy aventurada, señor Kazan. Por lo poco que yo sé, esa tal Verónica ha llevado una vida desordenada, repugnante... nadie sabe en qué clase de sucios embrollos se habrá metido.

—Pudiera ser... pero usted, como letrado, está en perfectas condiciones para entender lo que le voy a decir. Desde el instante en que el señor Lessing me encargó encontrarla, alguien me amenazó de muerte si no abandonaba ese encargo. Naturalmente, no lo abandonaré...

—¿Puede probarlo, señor Kazan?

—Pues no. Pero hay algunas cosas más. Inicié mi búsqueda. Ésta es una clase de trabajo que hay que seguir a medida que se descubren los pasos de la muchacha... lógicamente, por medio de las que fueron sus compañeras. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Sí, por supuesto.

—Perfecto. Ahora escuche bien... cada una de esas mujeres formaban el eslabón hasta Verónica, señor abogado, han sido asesinadas bárbaramente para que yo no pudiera valerme de ellas y localizar a la hija del anciano señor Lessing. Y eso puede probarse cuando yo hable sinceramente con la policía. ¿Qué le parece eso,

señor letrado?

Boquiabierto, el abogado se quedó sin habla. Fue Nattan quien barbotó:

—¡Le haré detener! Haré que le encierren por esa criminal insinuación...

—¿Insinuación? No sea ridículo. Los cadáveres despedazados no eran ninguna insinuación, sino algo muy real. Eran una afirmación rubricada con sangre. Y ahora, apártese de esa puerta. He de hablar con mi cliente.

Avanzó. El hombre del puro no se movió un paso, cerrándole el camino.

—Salga —silbó con ira—. Salga de aquí o le echaré a puntapiés.

Tony le miró, ceñudo.

Dirigiéndose al abogado indagó:

—¿Quién es éste?

—El señor Arthur Lewis.

—¿Y qué pinta aquí?

Nattan masculló una maldición, iracundo.

—¡Es uno de nuestros mejores amigos, y además, mi socio en algunos negocios! ¿Satisfecha su curiosidad profesional?

—Perfectamente, ahora dígame que se aparte. No he venido aquí a perder el tiempo y si me obligan a ser rudo les aseguro que lo lamentarán.

Arthur Lewis, gruñó:

—Eso ya es pasarse de la raya.

Y se puso en marcha hacia Tony agresivamente.

El detective sacudió la cabeza, pesaroso. Aguardó a que el furioso individuo le disparase el puño para esquivarlo con relativa facilidad. Entonces, él le soltó la izquierda muy baja. Fue un golpe que le hubiera valido la descalificación en todos los cuadriláteros del mundo, que dobló al otro por la mitad como una navaja. El gran puro cayó de sus labios que boqueaban, angustiados. Él se los cerró con un trallazo con la derecha que envió al elegante figurín diez pasos más allá, donde quedó sentado en el suelo.

—Por lo visto, ustedes no entienden mi idioma, caballeros —dijo Kazan con calma—. He venido a ver al señor Lessing... y voy a verlo.

Esperó alguna otra reacción, que no se produjo porque el

estupor y la ira les había dejado mudos.

Sólo el hombre que acompañaba al médico masculló:

—Voy a llamar a la policía si nadie tiene inconveniente...

—¿Es usted otro excelente amigo de la familia? —le increpó el detective.

—Me llamo Truman y mi presencia aquí obedece a que soy el apoderado de las industrias del señor Lessing. Creo tener derecho a velar por...

—Vaya y llame a la policía. No necesita soltarme un discurso sobre sus derechos. Si quiere ganar tiempo, pregunte por el sargento Desmond, le aseguro que se alegrará de saber que estoy aquí.

Pasó por su lado justo cuando el impecable Arthur Lewis comenzaba a levantarse, sólo que para entonces su aspecto ya no era tan impecable como al principio. Un hilo de sangre escurría de la comisura de sus labios, y su cara adquiría por momentos un desagradable aspecto tumefacto.

Tony abrió la puerta de la habitación del anciano. Instantáneamente, la voz apenas audible de éste, gruñó:

—¡Déjeme reventar en paz... curandero... del... del demonio...!

—Soy Kazan, señor Lessing.

—¡Muchacho...!

—¿Cómo está usted, señor?

—Camino del infierno, pero no importa... ¿Verónica...?

—Llegará esta noche, señor. Y le traigo una excelente noticia. He pensado que le gustaría saberlo para recuperarse con más ánimo.

—¿Recuperarme? —Una especie de risa que sonó a cascajo brotó del montón de almohadas—. No se lo diga a... a ellos... Hable, hijo.

—Verónica se ha casado. Llegará esta noche de su viaje de luna de miel.

—¡Dios bendito...! ¿Es cierto, Kazan, no está mintiendo?

—La he encontrado. No hay ninguna duda.

—Hijo... no sabe lo que... lo que significa para... para mí.

—Lo comprendo. Por eso he venido, porque pensé que le gustaría saberlo.

—¡Tráigala! Ahora más que... que nunca...

—Puede darlo por hecho, señor.

—Ellos... han traído hasta el picapleitos... no deje que... que le asusten...

—Ya hemos tenido un cambio de impresiones ahí fuera.

—Gracias, muchacho... traiga a mi hija y podré morir en paz.

—Esta noche, señor Lessing. Ahora, descanse y no les diga a ellos que ya la encontré.

—No, no...

Tony le estrechó suavemente la mano, apenas piel y hueso.

En el pasillo quedaba solo el abogado. Todos los demás habían desaparecido.

—Quiero hablar con usted, Kazan.

—No dispongo de mucho tiempo.

—Vayamos a la biblioteca... no le retendré mucho rato.

Bajaron a la planta baja sin ver ni rastro del resto de los que antes le cerraron el paso.

Morrison apareció cuando el abogado abrió la puerta y preguntó:

—¿Desean algo de beber... señor Kazan?

Éste sonrió. El viejo y fiel mayordomo ni siquiera había mirado al picapleitos.

—*Whisky* con hielo, Morrison, gracias.

Cerró la puerta y se encaró con Puzo.

—Al grano, letrado. ¿De qué se trata?

—Tengo la impresión que este asunto se ha desorbitado desde un principio. ¿No lo cree usted así?

Tony se encogió de hombros.

—Pregúnteles a ellos. Yo me he limitado a cumplir con mi trabajo.

—Éste... entiendo que le resulta muy difícil localizar a esa mujer.

—Ciertamente, no está resultando fácil.

—Y usted sabe que se trata de una... una cualquiera, una buscona, No me interrumpa, por favor. Es una buscona, de más o menos postín, eso es marginal, pero una cualquiera.

—Desde mi punto de vista, eso no me incumbe. Todo lo que yo he de hacer es localizarla y traerla junto a su padre.

—Naturalmente, ése es el encargo que el viejo le confió... un encargo que a juzgar por lo que ha conseguido hasta ahora va para largo. ¿Me equivoco?

Kazan le observó especulativamente.

—Está dando usted muchos rodeos, señor Puzo.

—Sólo quiero llegar a un entendimiento entre usted y yo.

—De qué clase, ¿pretende que abandone la búsqueda?

El abogado sonrió con astucia.

—No, no, amigo Kazan, no se altere. Ya sé que Nattan le hizo una oferta y que usted le mandó al diablo. Yo voy a hacerle otra... más diplomáticamente.

—¿Sí?

—Setenta y cinco mil dólares.

—¿Por hacer qué?

—Digamos, por realizar su trabajo, Kazan. Sin prisas, pero sin abandonarlo. Creo que me comprende perfectamente.

Tony comenzaba a estar harto de todo aquello. Y de cualquier modo merecían una lección.

—Usted, señor Puzo, me ofrece setenta y cinco mil dólares por hacer mi trabajo.

—Exacto. Con todo ese dinero podrá tomárselo con calma. Ya sabe lo que quiero decir, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Tony como un eco.

—¿Estamos de acuerdo entonces?

—Me parece un despilfarro inútil por su parte, pero si es eso lo que desean para demostrar su... este... digamos amor filial, por mí, de acuerdo.

—Ya sabía yo que era así cómo había que tratar con usted. Conozco a los hombres, Kazan. Los de su temple jamás admiten coacciones o amenazas.

—En eso tiene toda la razón del mundo.

—Le traeré un cheque ahora mismo.

—Que sea al portador, si no le importa.

—Claro, claro...

En la puerta, el abogado se cruzó con Morrison, que llegaba cargado con una bandeja de plata.

En la bandeja había un solo vaso.

Tony sintió tentaciones de echarse a reír al captar la mirada indignada que el picapleitos dirigió al sirviente.

—El mejor *whisky* que hay en la casa, señor.

—Gracias, Morrison.

El anciano señaló la puerta que el abogado había vuelto a cerrar.

—¿Dificultades, señor?

—En absoluto. Van a sobornarme.

Morrison parpadeó.

—¿Sobornarle, señor?

Tony bebió un largo sorbo.

—Eso piensan. Un soborno, digamos, muy «diplomático».

El viejo sonrió igual que un conejo.

—Creo que ya entiendo.

—Trate de que no agobien demasiado a su patrón. Esta noche le traeré a su hija, aunque mantenga la boca cerrada, Morrison.

—¿Lo sabe él?

—Sí.

—Entonces, vivirá. Es un vejestorio cascarrabias, terco como un mulo... peleará a brazo partido con la muerte, estoy seguro. Ahora él sabe que «tiene» que vivir. Gracias, señor.

Salió como si de repente hubiera rejuvenecido.

Poco después regresó el abogado con el cheque.

Tony se lo embolsó con indiferencia. Apuró el *whisky* y al despedirse dijo con suave ironía:

—¿Sabe usted, señor abogado? Creo que si no he encontrado a Verónica esta noche, ya no la encontraré.

—Estoy seguro. Ha sido un placer conocerle, señor Kazan.

—Lo mismo digo.

Y se fue, con setenta y cinco mil dólares que a alguien le harían pegar un salto hasta el techo dentro de poco tiempo.

CAPÍTULO XIII

El gigantesco *Boeing* 747, enfiló la pista, realizando un aterrizaje perfecto. Rodó bañado por la luz de las balizas, sus propias luces de situación parpadeando como ojos de cíclope, hasta que perdió velocidad y el atronador chillido de sus turbinas menguó hasta convertirse en un zumbido agudo.

Giró siguiendo las indicaciones del control y maniobró en la inmensa explanada buscando su lugar de estacionamiento.

Un coche del aeropuerto rodó hacia el gran pájaro de acero, al tiempo que se desplegaba la escalerilla.

Des funcionarios con el vistoso uniforme azulado subieron a bordo cuando ya los pasajeros comenzaban a descender.

Los potentes focos convertían la noche en día. A su luz se realizaron diligentemente las operaciones de desembarque. Las azafatas, los tripulantes, fueron descendiendo detrás de la última pareja de pasajeros.

Era una pareja joven y que parecía rebosar felicidad. Ella era alta, de cuerpo bien formado y largos cabellos oscuros. El hombre, delgado y fuerte, llevaba a Ja muchacha como si quisiera evitarle pisar el suelo.

Cerca de la entrada de pasajeros había un enorme autobús aparcado, como otros muchos esperando el momento de entrar en servicio.

El interior del gran vehículo estaba a oscuras.

Desde esa oscuridad, Tony Kazan observaba el movimiento con ojos acorados, tenso a pesar de todo.

La pareja pasó a pocos pasos del autobús. Kazan les siguió con sus pupilas que parecían chispear en la oscuridad. Los vio reír y besarse fugazmente cuando quedaron un poco rezagados de los demás.

Suspiró y de modo instintivo acarició la culata del poderoso

«45», de cañón corto que llevaba junto a la cintura.

Siguió agazapado en el asiento, esperando. Las luces del *Boeing*, se apagaron al fin y alrededor del aparato comenzaron las rutinarias operaciones de revisión y carga de combustible.

Una riada de pasajeros salió para dirigirse a bordo de un autobús hacia otro avión presto para salir.

Tony se apeó entonces y anduvo guareciéndose en la oscuridad hasta un coche con las siglas de «Shell». El chofer del vehículo, gruñó:

—¿Ya?

—Vamos.

El auto se puso en marcha. Era uno de los muchos que maniobraban constantemente en torno a los aviones que estaban siendo reabastecidos de combustible.

Se detuvo en el lado opuesto del *Boeing*. Los operarios les dirigieron algunas miradas de curiosidad.

Kazan dijo al apearse:

—Tenga los ojos abiertos, amigo.

—Sé cuál es mi trabajo.

Él se deslizó hacia la escalerilla y subió rápidamente.

El interior del avión estaba a oscuras. Sólo una pequeña luz piloto brillaba cerca de la cabina de la tripulación, y sentadas allí había tres personas.

El comandante del avión y una pareja.

El comandante rezongó:

—¿Su nombre?

—Kazan.

—¿Anthony Kazan?

—Sí. Le deben haber advertido de mi llegada.

—Seguro que lo han hecho, pero maldito si entiendo a qué viene todo este teatro. ¿Por qué he de retener a esos pasajeros?

—Porque si hubieran descendido con los demás, habrían muerto esta noche.

La muchacha dejó escapar un pequeño grito. El hombre exclamó:

—Alguien debe haberse vuelto loco.

—Tranquilícense...

—¿Que me tranquilice? Oiga, un hombre y una mujer

disfrazados de funcionarios del aeropuerto han subido a bordo, nos han dicho que esperásemos aquí y nos han restregado por las narices sus insignias de polizontes. Luego, al quitarse sus disfraces han ocupado nuestro lugar tras hablar con el comandante. ¿Y aún dice que me tranquilice? ¡Maldita sea, hombre! Hemos llegado de nuestro viaje de luna de miel y no voy a dejar que nos lo estropeen al final...

—¿Ha terminado?

—No, yo...

—¿Prefiere que su flamante esposa sea convertida en tiras, que la asesinen de un modo nauseabundo? Si es eso lo que quiere, adelante, salgan de aquí y lárguense a su apartamento.

Se quedaron helados, hasta que el comandante murmuró:

—Creo que será mejor que nos cuente qué está sucediendo, Kazan.

—A eso he venido. Usted es Verónica Lessing, ¿no es cierto?

Estaba seguro, pero quería oírsele decir.

Notó cómo ella se ponía rígida.

Miró fugazmente a su esposo y dijo con orgullo:

—Mi nombre es Nancy Silk... Ahora Nancy Russell.

—Sí, bueno, eso está muy bien, pero usted es Verónica.

Russell gruñó:

—Mire, Kazan, maldito si sé quién es usted ni qué se trae entre manos, pero el pasado de mi esposa está enterrado. Muerto. ¿Entiendo? Ahora es sólo mi mujer y se llama Nancy.

Él suspiró.

—Estoy seguro que ella tuvo sus buenas razones para cambiar su nombre. Pero ahora la cosa es demasiado grave como para andarnos por las ramas. Va usted a acompañarme a hacer una visita, señora. Y antes que empiecen con protestas, déjeme decirle que ya ha corrido mucha sangre sólo para que yo no pudiera encontrarla antes que el asesino.

Se quedaron helados. Russell balbuceó:

—¿Sangre? No comprendo...

—Sangre, asesinatos, mujeres a las que el criminal les hizo cosas horribles... Escuche, y no me hagan perder más tiempo.

Les relató lo sucedido desde que empezara a buscar a Verónica, recreándose incluso en los detalles de los asesinatos para

impresionarles lo suficiente como para que accedieran a seguir sus instrucciones.

Al terminar, dijo:

—El criminal sabe que llegan ustedes esta noche, y posiblemente sepa también en qué avión. Incluso apostaría que está vigilando el aeropuerto, o estaba... Debe haber seguido a la pareja que ha ocupado su puesto. Todo lo que ese hombre quiere es matar a Verónica.

—Pero ¿por qué, condenación? —estalló Russell.

—Porque el viejo Lessing la ha nombrado heredera de toda su fortuna. Cambió el testamento.

—¡Mi padre! —jadeó la muchacha—. ¿Por qué lo hizo? Nos odiaba a muerte a mamá y a mí... nos dejó en la miseria, en medio de la calle cuando ella quiso separarse... Jamás nos ayudó cuando...

—Todo eso es agua pasada. Cambió de idea cuando se vio solo, rodeado por una familia que sólo esperan que muera para repartirse el pastel. Los aborrece y desprecia, y a usted, en cierto modo la admira, porque supo vivir por su cuenta, sin ir a pedirle clemencia, sin arrastrarse a su alrededor como hicieron todos los demás.

—Es increíble... yo siempre pensé que me odiaba. Fue por eso que quise deshonorar su nombre, aunque después no tuve valor para seguir adelante... y...

—Y me conoció a mí —saltó Herbert Russell—. Vuelvo a repetirle que el pasado está enterrado, Kazan.

—Por mí, puede entonar los funerales. Todo lo que quiero es que Verónica venga conmigo a ver al anciano. Está muriéndose, ¿entiende?

Los dos jóvenes cambiaron una mirada azorada.

De pronto, el comandante exclamó:

—¡Oiga, ahora que se me ocurre! Esa pareja que han ocupado el lugar de los Russell... El asesino les caerá encima a menos que advierta que ha sido engañado...

—Ojalá lo intente —dijo Tony, rechinando los dientes.

—¿Qué crees que debo hacer, querido? —musitó la muchacha.

—Bueno, si el viejo está muriéndose...

—¿Debo ir?

Él se encogió de hombros.

—La decisión te corresponde tomarla a ti, pequeña.

—Después de tanto tiempo... de todo lo que pasó...

—Es un anciano que sólo resiste a la muerte por sus ansias de verla —remachó el detective, impaciente.

—Iré —decidió.

—Bueno. ¿Dónde están los uniformes de los que ocuparon sus puestos?

—Ahí...

—Pónganselos. No sabemos si el criminal ha mordido el anzuelo, puede que aún esté en las cercanías.

—¿Y si es así? —Gruñó Russell, inquieto.

Tony abrió su chaqueta y mostró la enorme automática.

—Le daré las buenas noches —afirmó.

—¿Me acompañas, querido?

—Creo que si viene el señor Kazan contigo, yo...

—Usted debe estar a su lado cuando vea al anciano. Él ya sabe que se casó.

—Está bien.

—Pónganse los uniformes.

Mientras esperaba, Tony pensó que estaba ganándose bien su dinero. Incluso los setenta y cinco mil dólares del soborno. Sonrió para sí y se dispuso a dar remate al encargo que le confiara un anciano al borde de la tumba, solo, angustiado en la inmensa soledad de la muerte.

CAPÍTULO XIV

A ambos lados de la verja se materializaron dos hombres ceñudos cuando el coche se detuvo. Los dos se acercaron a él por ambos lados.

Tony dijo:

—¿Todo bien?

—¿Kazan? No ha ocurrido nada aquí.

—¿Quiénes han salido?

—Casi todos... excepto la mujer y la chica, y el hijo del enfermo, todos los demás se han ido.

—¿Incluso el abogado?

—También. Por lo menos, eso nos ha dicho el mayordomo. Ese viejo actúa como un conspirador de opereta... cualquiera diría que se divierte.

—Y seguramente es así. Bien, uno de ustedes debe quedarse aquí, pero el otro nos acompañará a la casa. No sabemos aún quién es el asesino y puede que esté ahí dentro, dispuesto a una última y desesperada jugada.

—Está bien...

El policía dio un vistazo a la pareja sentados en el asiento posterior.

Luego, se deslizó al lado de Tony. El otro se acercó a la verja y la abrió, puesto que habían desconectado el sistema electrónico.

Morrison apareció en la puerta apenas el coche se detuvo.

—Señor... ¿La trae? —susurró.

—Seguro.

Kazan rodeó el coche y abrió la portezuela. Verónica descendió. Cuando la tomó del brazo notó cómo temblaba.

Los demás salieron también. Tony advirtió al policía:

—Cuidado ahora, amigo. No pierda de vista a esta joven ni un segundo. ¿Entendido?

—Ajá.

Entraron.

Russell miró a su alrededor, estupefacto por el impresionante lujo que le rodeaba.

—¿Dónde están ellos, Morrison?

—El matrimonio, en la biblioteca. Creo que esperan una llamada, o algo así...

—¿Y la chica, la nieta del anciano?

—Arriba.

Subieron apresuradamente. De una habitación salió la hermosa muchacha que Tony ya conocía y se los quedó mirando.

—De modo —comentó—, que se salió con la suya...

—Yo siempre obtengo todo lo que me propongo.

La chica rió suavemente y dijo:

—Hola, Verónica... ¿Te acuerdas de mí?

—Claro... has crecido mucho.

—¿Verdad que sí? Y por todos los ángulos —añadió, riéndose—. Es divertido crecer, ¿no crees? Los hombres se vuelven tontos cuando una empieza a...

—Nena, después nos contarás tus experiencias eróticas —le atajó el detective, divertido—. Ahora, tu abuelo está impaciente por ver a su hija. Por aquí, Verónica.

Abrió la puerta del dormitorio y entró empujando a la pareja ante él. El policía echó un vistazo al interior, y luego cerró.

Tony se acercó al lecho.

—¿Señor Lessing?

—Hola... hijo...

—¿Está lo bastante bien como para ver a su hija?

—¡Dios...!

El detective le ayudó a incorporarse en las almohadas. El anciano ladeó la cabeza y entonces vio a la pareja junto a la cama.

—Él es el marido de Verónica, señor Lessing —murmuró Tony, y retrocediendo salió de la habitación.

Fuera, la muchacha, susurró:

—¿Lo sabe papá?

—No.

—Ajá, decírselo es cosa mía. Voy a divertirme como nunca...

Tony la atrapó por el brazo cuando ya se ponía en marcha.

—Espera un poco, linda... deja que la fiesta siga en paz, por el momento. Sólo dime cómo hay tanta diferencia de edad entre tu padre y su hermana.

—Verónica no es su hermana... sólo hermanastra. Papá es hijo del primer matrimonio del abuelo. Cuando se casó por segunda vez, ya viejo, su nueva mujer tuvo a Verónica.

—Entiendo.

Los ojos de la chica chispeaban de impaciencia.

—¿Puedo ir a decírselo ya?

—Bueno, diviértete.

Salió zumbando.

El policía gruñó:

—No entiendo a esta gente, Kazan.

—Ni falta que le hace. Todos están un poco locos. Tienen demasiado dinero o... quieren tener más todavía. Siga con los ojos abiertos de cualquier modo.

Él se acomodó en la balaustrada de la escalera, encendió un cigarrillo y esperó.

El sargento Desmond miró su reloj y susurró:

—¿Nada todavía?

A su lado, dentro del coche estacionado en la oscuridad, el detective de primera Frankel gruñó:

—Aún no... pero ya no pueden tardar. La última comunicación decía que estaban en camino.

—Y no hemos visto ni rastro del asesino... Quizá intenta interceptarlos por el camino.

—Eso sería muy arriesgado. Además, me parece a mí que no es su estilo.

—Cualquiera sabe lo que maquina una bestia sanguinaria...

—Un coche, sargento.

Los faros barrieron las sombras de aquel trozo de calle y luego el auto se detuvo ante la casa de tres plantas.

—Son ellos...

—Y nadie les viene siguiendo. Todo eso es muy raro. El tipo debe saber que llegan esta noche, a menos que Kazan estuviera equivocado.

Vieron aparecer a la pareja del taxi y pagarlo. Luego, el coche se alejó y ellos quedaron en la acera, en compañía de dos maletas.

Entre dientes, el sargento musitó:

—No será que no le demos facilidades...

—Quizá se ha dado cuenta que estamos apostados aquí.

—Ni que tuviera ojos de gato nos descubriría.

—Ya entran.

La pareja desapareció dentro de la casa. Brilló la luz de la entrada, y luego la puerta quedó abierta.

—Me pregunto...

—¿Qué, sargento?

—Kazan dijo que el asesino estaba enterado de la llegada de la pareja desde mucho antes que él...

—¿Y eso cambia las cosas?

—Según nos han dicho por radio, en el aeropuerto no han podido descubrir a nadie que les vigilara ni que les siguiera después...

—Puede ser un tipo muy astuto.

—Tanto, que quizá nos haya ganado por la mano. ¡Vamos!

—¿Qué le pasa ahora?

Desmond ya estaba saltando del coche. El detective le siguió tan asombrado que no atinó a decir palabra hasta que llegaron a la entrada de la casa.

—¡Pero bueno, sargento! ¿Qué es lo que le ocurre?

—Tenemos que enfrentarnos a un criminal endiabladamente astuto, como usted ha dicho antes. Y a menos que yo sea idiota, ha decidido esperar a su víctima en el apartamento. ¿Por qué infiernos no se me habrá ocurrido antes?

Empezaban a subir las escaleras cuando sobre sus cabezas estalló el trueno de un disparo. Le siguió un grito y otro estampido que hizo retemblar las paredes.

Desmond voló escaleras arriba, seguido de Frankel. Ambos llevaban ya sus revólveres empuñados.

Empezaron a abrirse las puertas de los apartamentos. Gentes en pijama, asustadas, asomaban las cabezas, para ocultarse inmediatamente al ver a los hombres armados. Los gritos de toda la casa formaron un concierto que ahogó todo otro rumor.

La puerta del apartamento estaba abierta y Desmond se precipitó dentro como un toro furioso.

—¡Winston, Shirley! —rugió.

Los vio cuando cruzó el umbral de la sala. También el otro hombre tirado junto al diván hecho un ovillo.

—¿Están ustedes bien? —jadeó.

—No mucho, sargento.

Winston, otro detective de primera, tenía sangre en la camisa. La muchacha estaba luchando para quitarle la chaqueta.

—Estaba esperando ahí, agazapado. Apenas encendimos la luz disparó... si yo no hubiera saltado de lado le habría acertado a Shirley de lleno.

—Entiendo... ¿Es grave la herida?

—Tiene la bala dentro —murmuró la muchacha—. Pero quizá no haya afectado a ningún órgano vital...

—¡Frankel, llame al hospital!

Él se inclinó sobre el hombre caído. Era la primera vez que le veía y sintió terribles tentaciones de patearlo como a una serpiente venenosa.

De pronto gruñó:

—¡Aún vive...!

Le dio la vuelta. El hombre jadeaba débilmente. Todo su pecho era un mar de sangre. Era un individuo bien vestido, elegante. Desmond hubiera dado cualquier cosa por que Kazan estuviera allí en esos momentos.

—¿Cuál es su nombre, me oye?

El moribundo abrió los ojos. Eran claros y la muerte les daba un aspecto vidrioso, inhumano.

No respondió. De su boca brotaba la sangre como un río.

El sargento se desentendió de él para ocuparse del detective herido, que la muchacha había obligado a tenderse en el diván.

—¿Cómo se siente usted, Winston?

—Bien, sargento... no creo que mi carrera termine aquí todavía.

Suspiró, aliviado. Miró a la chica y sonrió.

—Hicieron ustedes un magnífico trabajo, Shirley. ¿Hubo alguna dificultad con la pareja de tórtolos, en el avión?

—Bueno, primero creyeron que estábamos locos, pero el comandante del avión nos ayudó mucho. Ya le habían hablado por radio.

—Fue idea de Kazan, y reconozco que no pudo tener otra mejor.

Empezó a oírse una sirena en la lejanía. La joven policía

preguntó:

—¿Quién es ese tipo, sargento?

—Maldito si le conozco. Tal vez el fisgón nos lo aclare. Porque incluso averiguando su nombre...

Se inclinó de nuevo sobre el asesino y le registró los bolsillos. No llevaba nada en ellos, excepto un gran cuchillo de resorte, un paquete de tabaco y un estuche de cerillas.

—Ni siquiera unas llaves... debe haberlas dejado en el coche. El fulano no quería correr riesgos de identificación o sufrir el menor descuido.

La sirena aumentó de volumen, aullando en la noche hasta extinguirse ahajo, en la calle.

El detective Frankel contenía a la gente en las escaleras. Hubo un revuelo cuando los enfermeros aparecieron trayendo una camilla.

Desmond gruñó:

—Ocupense de ese herido... el otro ya tanto le da.

—¿Qué demonios ha pasado, sargento?

—¿No lo ven? Una pequeña fiesta.

—Sí, claro... Bajaremos a éste y luego vendremos a por el otro.

¿Preparado, muchacho?

Winston gruñó:

—No me traten como si estuviera en las últimas, maldita sea.

Se la llevaron cargado en la camilla. Apenas habían salido cuando Tony entró, inquieto.

—¡Ya era hora de que apareciera! —rezongó Desmond.

—¿Algo salió mal, sargento? He visto que se llevaban a uno de sus muchachos, herido.

—Era el «novio» en este sainete. Échele un vistazo a ése y dígame si le conoce.

—Seguro... no recuerdo su nombre, pero le vi en casa del viejo... Sí, ahora recuerdo; es el tipo que se empeñó en llamar a la policía para que me echaran de allí. ¿Truman? Ajá, ése era el nombre.

—¿Truman?

—Apoderado de los Lessing, si no recuerdo mal. ¿Vive todavía sargento?

—No por mucho tiempo. Tiene un plomo del «45», en alguna

parte.

Kazan, inclinándose sobre el asesino, gruñó:

—¡Truman! ¿Se acuerda de mí?

De nuevo, el moribundo parpadeó hasta enfocar la mirada sobre el detective. Por un instante, sus ojos centellearon.

—¡Usted... maldito... debí...!

—¿Matarme? Ojalá lo hubiese intentado...

—Pregúntele por qué toda esta carnicería —le urgió el sargento.

—No hablará, pero puedo imaginarlo ahora. He leído el testamento, ¿sabe?

—Está hablando en chino para mí. ¿Qué testamento, el del viejo?

—Eso es... ¿Truman? —Cuando vio que de nuevo aquellos ojos desesperados le miraban preguntó—: Desfalcó usted a la compañía de Lessing, se apoderó de fondos, ¿es eso?

—Sí...

—¿Cuánto?

—Váyase al... infierno...

—Está muriéndose, idiota. ¿Qué le importa hablar ahora? De todos modos va a reventar.

Desmond gruñó:

—Un momento, Kazan...

—¡Al diablo! ¿Cuánto, Truman?

—Más... más de un millón...

Tony dejó escapar un silbido de asombro. Se irguió sacó un cigarrillo y tras encenderlo dijo:

—La gente mata por mucho menos.

—Pero ese tipejo está chiflado. No podía pretender que matando a la hija del anciano quedara oculto su desfalco. El testamento sería leído de todos modos, tarde o temprano, y los demás herederos descubrirían su jugada.

—No.

—¿Cómo que no? Un testamento no puede volatilizarse. Está registrado y hay copias en poder del abogado, del notario, de...

—El último testamento del viejo Lessing, sargento, deja heredera universal a su hija Verónica. Hay algunas cláusulas especiales... y el resto de la familia recibe lo justo para que no puedan impugnarlo. Una de las cláusulas obliga a Verónica a inventariar todos los

negocios, las industrias y explotaciones, y acto seguido venderlas. El viejo puntualiza que pone esta condición, porque no desea que la muchacha se convierta en ave de presa como él, destrozando así su vida.

—Bueno, ¿y qué?

—Es sencillo. Si se inventarían los bienes que Truman administraba, su desfalco sería descubierto. En cambio, de haber quedado heredero el hijo todo hubiera seguido igual, con Truman de apoderado. Y el anterior testamento era eso lo que ordenaba.

—Ya veo.

—Naturalmente, el hijo de Lessing hubiese continuado como hasta ahora, nadie hubiera descubierto los manejos del apoderado y este incluso hubiese seguido embolsándose el dinero a puñados. Pero el reciente testamento del anciano hundió sus posibilidades. Lo que me gustaría saber es cómo demonios averiguó el contenido del testamento, aunque eso, ahora, no importa mucho.

Truman se estremeció violentamente. Los enfermeros aparecieron nuevamente con otra camilla, pero antes que pudieran levantarlo del suelo, el asesino boqueó con indecible angustia, sus ojos se desorbitaron y al fin su cabeza cayó a un lado.

—Se acabó —dijo Desmond—. Llévanselo de aquí.

—Oiga, ¿no va a...?

—¡Quítenme esa carroña de mi vista! —Se volvió y vio a Tony junto a la puerta—. ¿Adónde diablos cree que va, Kazan?

—He de rematar el trabajo aún... aquí ya no tengo nada que hacer.

—¡Cuernos! Necesito una copia de ese testamento, y una declaración suya detallada para el informe al fiscal, y...

—Iré a su despacho, Desmond. Por la mañana.

Y salió zumbando.

Desde una cabina telefónica llamó al número de Vicky, la linda muchacha.

La voz de la joven le llegó, soñolienta.

—¿Estabas acostada, linda?

—¡Tony!

—¿Es muy tarde para verte?

—No empieces a hablar como un primo cualquiera... ¡Oh, búho! No he podido olvidarme de ti.

—Te dije que te llamaría.

—Ya lo has hecho. Ahora, ven. Sólo eso. Ven.

—Ajá.

Colgó, tomó el coche y hundió el acelerador hasta el fondo.

Kazan siempre estaba dispuesto a cumplir sus promesas.

Sobre todo, si eran como ésta.

Mientras conducía empezó a pensar qué clase de mosquitera llevaría puesta la muchacha. Transparente, eso seguro. Pero quizá fuera azul... o negra... Estuvo a punto de estrellarse contra un autobús.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

